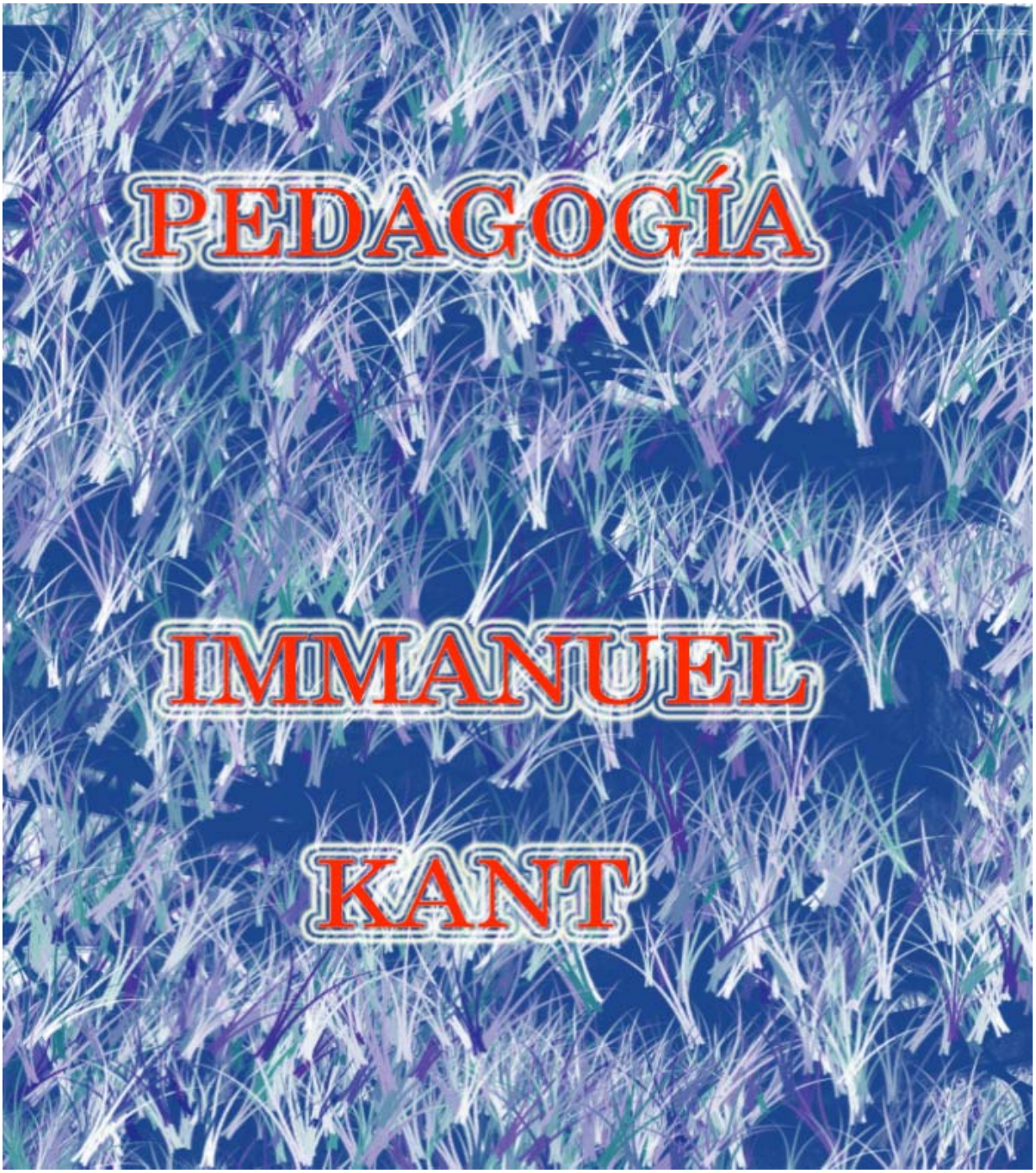
LIBROdot.com

PEDAGOGÍA

IMMANUEL KANT



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

IMMANUEL KANT.

PEDAGOGÍA

INTRODUCCION

El hombre es la única criatura que ha de ser educada. Entendiendo por educación los cuidados (sustento, manutención), la disciplina y la instrucción, juntamente con la educación

Según esto, el hombre es niño pequeño, educando y estudiante.

Tan pronto como los animales sienten sus fuerzas, las emplean regularmente, de modo que no les sean perjudiciales. Es admirable, por ejemplo, ver las golondrinas pequeñas, que, apenas salidas del huevo y ciegas aún, saben, sin embargo, hacer que sus excrementos caigan fuera del nido. Los animales, pues, no necesitan cuidado alguno; a lo sumo, envoltura, calor y guía, o una cierta protección. Sin duda, la mayor parte necesitan que se les alimente, pero ningún otro cuidado.

Se entiende por cuidado (Wartung), las precauciones de los padres para que los niños no hagan un uso perjudicial de sus fuerzas. Si un animal, por ejemplo, gritara al nacer, como hacen los niños, sería .infaliblemente presa de los lobos y otros animales salvajes, atraídos por sus gritos.

La disciplina convierte la animalidad en humanidad. Un animal lo es ya todo por su instinto; una razón extraña le ha provisto de todo. Pero el hombre necesita una razón propia; no tiene ningún instinto, y ha de construirse él mismo el plan de su conducta. Pero como no está en disposición de hacérselo inmediatamente, sino que viene inculto al mundo, se lo tienen que construir los demás.

El género humano debe sacar poco a poco de sí mismo, por su propio esfuerzo, todas las disposiciones naturales de la humanidad. Una generación educa a la otra. El estado primitivo puede imaginarse en la incultura o en un grado de perfecta civilización. Aun admitiendo este último como anterior y primitivo, el hombre ha tenido que volverse salvaje y caer en la barbarie.

La disciplina impide que el hombre, llevado por sus impulsos animales, se aparte de su destino, de la humanidad. Tiene que sujetarle, por ejemplo, para que no se encamine, salvaje y aturdido, a los peligros. Así, pues; la disciplina es meramente negativa, esto es, la acción por la que se borra al hombre la animalidad; la instrucción, por el contrario, es la parte positiva de la educación.

La barbarie es la independencia respecto de las leyes. La disciplina somete al hombre a las leyes de la humanidad y comienza a hacerle sentir su coacción. Pero esto ha de realizarse temprano.

Así, por ejemplo, se envían al principio los niños a la escuela, no ya con la intención de que aprendan algo, sino con la de habituarles a permanecer tranquilos y a observar puntualmente lo que se les ordena, para que más adelante no se dejen dominar por sus caprichos momentáneos.

Pero el hombre tiene por naturaleza tan grande inclinación a la libertad, que cuando se ha acostumbrado durante mucho tiempo a ella, se lo sacrifica todo. Precisamente por esto, como se ha dicho, ha de aplicarse la disciplina desde muy temprano, porque en otro caso es muy difícil cambiar después al hombre; entonces sigue todos sus caprichos. Se ve también entre los salvajes que, aunque presten servicio durante mucho tiempo a los europeos, nunca se acostumbran a su modo de vivir; lo que no significa en ellos una noble inclinación hacia la libertad, como creen Rousseau y otros muchos, sino una cierta barbarie: es que el animal aún no ha desenvuelto en sí la humanidad.

Por esto, se ha de acostumbrar al hombre desde temprano a someterse a los preceptos de la razón. Si en su juventud se le dejó a su voluntad, conservará una cierta barbarie durante toda su vida.

Tampoco le sirve de nada el ser mimado en su infancia por la excesiva ternura maternal, pues más tarde no hará más que chocar con obstáculos en todas partes y sufrir continuos fracasos, tan pronto como intervenga en los asuntos del mundo.

Este es un defecto habitual en la educación de los aristócratas; pues por nacer destinados a mandar, nunca se les contraría. Es preciso desbastar la incultura del hombre a causa de su inclinación a la libertad; el animal, al contrario, no lo necesita por su instinto.

El hombre tiene necesidad de cuidados y de educación La educación comprende la disciplina y la instrucción: Ningún animal, que se sepa, necesita de ésta; ninguno de ellos aprende nada de los viejos, excepto los pájaros, que aprenden su canto. Aquéllos instruyen a los jóvenes, y es delicioso verlos, como en una escuela, cantar con todas sus fuerzas delante de los pequeños, y a éstos afanándose en sacar el mismo sonido de sus gargantas. Para convencerse de que los pájaros no cantan por instinto, sino que realmente aprenden -vale la pena de comprobarlo- se quitan la mitad de sus huevos a un canario y se cambian por otros de gorrión, o mejor aún, se sustituyen sus pequeñuelos por gorrioncillos. Si se les coloca entonces en una caja, donde no puedan oír los gorriones de fuera, aprenderán el canto de los canarios, y de este modo se tendrán gorriones que canten. Es admirable también, que cada género de pájaros conserva un cierto canto característico en todas sus generaciones, siendo esta tradición la más fiel del mundo.

Únicamente por la educación el hombre puede llegar a ser hombre. No es, sino lo que la educación le hace ser. Se ha de observar que el hombre no es educado más que por hombres, que igualmente están educados. De aquí, que la fa-Tía de disciplina y de instrucción de algunos, les hace también, a su vez, ser malos educadores de sus alumnos. Si un ser de una especie superior recibiera algún día nuestra educación, veríamos entonces lo que el hombre pudiera llegar a ser. Pero como la educación, en parte, enseña algo al hombre y, en parte, lo educa también, no se puede saber hasta dónde llegan sus disposiciones naturales. Si al menos se hiciera un experimento con el apoyo de los poderosos y con las fuerzas reunidas de muchos, nos aclararía esto lo que puede el hombre dar de sí.

Pero es una observación tan importante para un espíritu especulativo, como triste para un amigo del hombre, ver cómo los poderosos, la mayor parte de las veces, no se cuidan más que de sí y no contribuyen a los importantes experimentos de la educación, para que la naturaleza avance un poco hacia la perfección.

No hay nadie que haya sido descuidado en su juventud, que no comprenda, cuando viejo, en qué fue abandonado, bien sea en disciplina, bien en cultura (que así puede llamarse la instrucción). El que no es ilustrado es necio, quien no es disciplinado es salvaje. La falta de disciplina es un mal mayor que la falta de cultura; ésta puede adquirirse más tarde, mientras que la barbarie no puede corregirse nunca. Es probable que la educación vaya mejorándose constantemente, y que cada generación dé un paso hacia la perfección de la humanidad; pues tras la educación está el gran secreto de la perfección de la naturaleza humana. Desde ahora puede ocurrir esto; porque se empieza a juzgar con acierto y a ver con claridad lo que propiamente conviene a una buena educación. Encanta imaginarse que la naturaleza humana se desenvolverá cada vez mejor por la educación, y que ello se puede producir en una forma adecuada a la humanidad. Descúbrese aquí la perspectiva de una dicha futura para la especie humana.

El proyecto de una teoría de la educación es un noble ideal, y en nada perjudica, aun cuando no estemos en disposición de realizarlo. Tampoco hay que tener la idea por quimérica y desacreditarla como un hermoso sueño, aunque se encuentren obstáculos en su realización.

Una idea no es otra cosa que el concepto de una perfección no encontrada aún en el experiencia. Por ejemplo, la idea de una república perfecta, regida por las leyes de la justicia, ¿es por esto imposible? Basta que nuestra idea sea exacta para que salve los obstáculos que en su realización encuentre. ¿Sería la verdad una mera ilusión por el hecho de que todo el mundo mintiese? La idea de una educación que desenvuelva en los hombres todas sus disposiciones naturales, es, sin duda, verdadera.

Con la educación actual no alcanza el hombre por,` completo el fin de su existencia; porque, ¡qué diferentemente viven los hombres! Sólo puede haber uniformidad entre ellos, cuando obren por los mismos principios, y estos principios lleguen a serles otra naturaleza. Nosotros podemos trabajar en el plan de una educación conforme a un fin y entregar a la posteridad una orientación que poco a poco pueda realizar. Las orejas de oso, por ejemplo, cuando se las trasplanta, tienen todas el mismo color; al contrario, cuando se siembran, se obtienen colores diferentes.

La Naturaleza, por tanto, ha puesto en ellas los gérmenes, y basta para desarrollarlas, su siembra y trasplante convenientes. Lo mismo sucede con el hombre.

Se encuentran muchos gérmenes en la humanidad; y a nosotros toca desarrollarlos, desplegar nuestras disposiciones naturales y hacer que el hombre alcance su destino. Los animales lo realizan por sí mismos y sin conocerlo. El hombre ha de intentar alcanzarlo; pero no puede hacerlo, si no tiene un concepto de él. La adquisición de este destino es totalmente imposible para el individuo. Aun admitiendo una primera pareja realmente educada, todavía es preciso saber cómo ha educado sus alumnos. Los primeros padres dan ya un ejemplo a sus hijos, éstos lo imitan y así se desarrollan algunas disposiciones naturales. Todas no pueden ser cultivadas de esta manera, pues lo niños, la mayor parte de las veces, sólo ven los ejemplos ocasionalmente. Antes no tenían los hombres ningún concepto de la perfección que la naturaleza humana puede alcanzar. Nosotros mismos no lo poseemos aún con pureza. Pero es asimismo cierto, que obrando aisladamente los hombres en la formación de sus alumnos, no podrán conseguir que estos alcancen su destino. No son los individuos, sino la especie humana la que debe llegar aquí.

La educación es un arte, cuya práctica ha de ser perfeccionada por muchas generaciones.

Cada generación, provista de los conocimientos de las anteriores, puede realizar constantemente una educación que desenvuelva de un modo proporcional y conforme a un fin, todas las disposiciones naturales del hombre, y conducir así toda la especie humana a su destino. La Providencia ha querido que el hombre deba sacar el bien de sí mismo y le habló, por decirlo así: «¡Entra en el mundo!; yo te he provisto de todas las disposiciones para el bien. A ti toca desenvolverlas, y, por tanto, depende de ti mismo tu propia dicha y desgracia.» El hombre debe desarrollar sus disposiciones para el bien; la Providencia no las ha puesto en él ya formadas; son meras disposiciones y sin la distinción de moralidad. El hombre debe hacerse a sí propio mejor, educarse por sí mismo, y, cuando malo, sacar de sí la moralidad.

Meditándolo maduramente, se encuentra esto muy difícil: la educación es el problema más grande y difícil que puede ser propuesto al hombre. La inteligencia, en efecto, depende de la educación, y la educación, a su vez, de la inteligencia. De aquí que la educación no pueda avanzar sino poco a poco; y no es posible tener un concepto más exacto de ella, de otro modo que por la transmisión que cada generación hace a la siguiente de sus conocimientos y experiencia, que, a su vez, los aumenta y los pasa a las siguientes. ¿Qué cultura y qué experiencia tan grandes no supone este' concepto? No podía nacer sino muy tarde; nosotros mismos no lo hemos podido obtener en toda su pureza. ¿Debe imitar la educación en el individuo la cultura que la humanidad en general recibe de sus diferentes generaciones? El hombre puede considerar como los dos descubrimientos más difíciles: el arfe del gobierno y el de la educación y, sin embargo, se discute aún sobre estas ideas.

¿Por dónde, pues, empezaremos el desenvolvimiento de las disposiciones humanas? ¿Debemos partir del estado inculto, o por uno ya cultivado? Es difícil imaginarse un desarrollo partiendo de la barbarie (por esto lo es también el concepto de los primeros hombres), y vemos que, iniciándose aquél en semejante estado, se ha vuelto siempre a caer en la animalidad, y que otra vez se han necesitado numerosos esfuerzos para elevarse. En los más antiguos informes escritos dejados por pueblos muy civilizados, encontramos que estaban en una gran proximidad a la barbarie -¿y qué grado de cultura no supone ya el escribir?- tanto que respecto al hombre civilizado, se podría llamar al comienzo del arte de la escritura el principio del mundo.

Toda educación es un arte, porque las disposiciones naturales del hombre no se desarrollan por sí mismas. -La Naturaleza no le ha dado para ello ningún instinto. Tanto el origen como el proceso de este arte es: o bien mecánico, sin plan, sujeto a las circunstancias dadas, o razonado. El arte de la educación, se origina mecánicamente .en las ocasiones variables donde aprendemos si algo es útil o perjudicial al hombre. Todo arte de la educación que procede sólo mecánicamente, ha de contener faltas y errores, por carecer de plan en que fundarse. El arte de la educación o pedagogía, necesita ser razonado' ' si ha de desarrollar la naturaleza humana para que pueda alcanzar su destino. Los padres ya educados son ejemplos, conforme a los cuales se educan sus hijos, tomándolos por modelo. Si éstos han de llegar a ser mejores, preciso es que la Pedagogía sea una disciplina; sino, nada hay que esperar de ellos, y los mal educados, educarán mal a los demás.

En el arte de la educación se ha de cambiar lo mecánico en ciencia: de otro modo, jamás sería un esfuerzo coherente, y una generación derribaría lo que otra hubiera construido.

Un principio de arte de la educación, que en particular debían tener presente los hombres que hacen sus planes es que no se debe educar los niños conforme al presente, sino conforme a un estado mejor, posible en lo futuro, de la especie humana; es decir, conforme a la idea de humanidad y de su completo destino. Este principio es de la mayor importancia.

Los padres, en general, no educan a sus hijos más que en vista del mundo presente, aunque esté muy corrompido. Deberían, por el contrario, educarles para que más tarde pudiera producirse un estado mejor. Pero aquí se encuentran dos obstáculos: a) Los padres sólo se preocupan, ordinariamente, de que sus hijos prosperen en el mundo, y b) los príncipes no consideran a sus súbditos más que como instrumentos de sus deseos.

Los padres, cuidan de la casa; los príncipes, del Estado. Ni unos ni otros se ponen como fin un mejor mundo (Weltbeste), ni la perfección a que está destinada la humanidad y para lo cual tiene disposiciones. Las bases de un plan de educación han de hacerse cosmopolitamente. ¿Es que el bien universal es una idea que puede ser nociva a nuestro bien particular? De ningún modo; pues aunque parece que ha de hacerse algún sacrificio por ella, se favorece, sin embargo, el bien de su estado actual. Y entonces, ¡qué nobles consecuencias le acompañan! Una buena educación es precisamente el origen de todo el bien en el mundo. Es necesario que los gérmenes que yacen en el hombre sean cada vez más desarrollados; pues no se encuentran en sus disposiciones los fundamentos para el mal. La única causa del mal es el no someter la Naturaleza a reglas. En los hombres solamente hay gérmenes para el bien.

¿De dónde debe venir, pues, el mejor estado del mundo? ¿De los príncipes o de los súbditos? ¿Deben éstos mejorarse por sí mismos y salir al encuentro, en medio del camino, de un buen gobierno? Si los príncipes deben introducir la mejora, hay que mejorad primero su educación; porque durante mucho tiempo se ha cometido la gran falta de no contrariarles en su juventud. El árbol plantado solo en un campo, crece torcido y extiende sus ramas a lo lejos; por el contrario, el árbol que se alza en medio de un bosque, crece derecho por la resistencia que le oponen los árboles próximos, y busca sobre sí la luz y el sol. Lo mismo ocurre con los príncipes. Sin embargo, es mejor que los eduque uno de sus súbditos, que uno de sus iguales. Sólo podemos esperar que el bien venga de arriba, cuando su educación sea la mejor. Por esto, lo principal aquí son los esfuerzos de los particulares, y no la cooperación de los príncipes, como pensaban Basedow y otros; pues la experiencia enseña que no tienen tanto a la vista un mejor mundo como el bien del Estado, para poder alcanzar así sus fines. Cuando dan dinero con este propósito hay que atenerse a su parecer, porque trazan el plan. Lo mismo sucede en todo lo que se refiere a la cultura del espíritu humano y al aumento de los conocimientos del hombre. El poder y el dinero no los crean, a lo más, los facilitan; aunque podrían producirlos, si la economía del Estado no calculara los impuestos únicamente para su caja. Tampoco lo han hecho hasta ahora las Academias, y nunca ha habido menos señales que hoy de que lo hagan.

Según ésto, la organización de las escuelas no debía depender más que del juicio de los conocedores más ilustrados. Toda cultura empieza por los particulares, y de aquí se extiende a los demás. La aproximación lenta de la naturaleza humana a su fin, sólo es posible mediante los esfuerzos de las personas de sentimientos bastante grandes para interesarse por un mundo mejor, y capaces de concebir la idea de un estado futuro más perfecto. No obstante, aún hay más de un príncipe que sólo considera a su pueblo, poco más o menos, como una parte del reino natural, que no piensa sino en reproducirse. Le desea, a lo más, cierta habilidad, pero solamente para poder servirse de él, como mejor instrumento de sus propósitos. Los particulares, sin duda, han de tener presente, en primer lugar, el fin de la naturaleza; pero necesitan mirar, sobre todo, el desenvolvimiento del humanidad, y procurar que ésta no sólo llegue a ser hábil, sino también moral y, lo que es más difícil, tratar de que la posteridad vaya más allá de lo que ellos mismos han ido.

Por la educación, el hombre ha de ser, pues: a) Disciplinado. Disciplinar es tratar de impedir que la animalidad se extienda a la humanidad, tanto en el hombre individual, como en el hombre social. Así, pues, la disciplina es meramente la sumisión de la barbarie.

b) Cultivado. La cultura comprende la instrucción y la enseñanza. Proporciona la habilidad que es la posesión de una facultad por la cual se alcanzan todos los fines propuestos. Por tanto, no determina ningún fin, sino que lo deja a merced de las circunstancias. , Algunas habilidades son buenas en todos los casos; por ejemplo, el leer y escribir; otras no lo son más que para algunos fines, por ejemplo, la música. La habilidad es, en cierto modo, infinita por la multitud de los fines.

c) Es preciso atender a que el hombre sea también prudente, a que se adapte a la sociedad humana para que sea querido y tenga influencia. Aquí corresponde una especie de enseñanza que se llama la civilidad. Exige ésta buenas maneras, amabilidad y una cierta prudencia, mediante las cuales pueda servirse de todos los hombres para sus fines. Se rige por el gusto variable de cada época. Así, agradaban aún hace pocos años las ceremonias en el trato social.

d) Hay que atender a la moralización. El hombre no sólo debe ser hábil para todos lo fines, sino que ha de tener también un criterio con arreglo al cual sólo escoja los buenos. Estos buenos fines son los que necesariamente aprueba cada uno y que al mismo tiempo pueden ser fines para todos.

A1 hombre se le puede adiestrar, amaestrar, instruir mecánicamente o realmente ilustrarle.

Se adiestra a los caballos, a los perros, y también se puede adiestrar a los hombres.

Sin embargo, no basta con el adiestramiento; lo que, importa, sobre todo, es que el niño aprenda a pensar. Que, obre por principios, de los cuales se origina toda acción. Se ve, pues, lo mucho que se necesita hacer en una verdadera educación. Habitualmente, se cultiva poco aún la moralización en la educación privada; se educa al niño en lo que se cree sustancial, y se abandona aquélla al predicador. Pues qué, ¡no es de una inmensa importancia enseñar a los niños a aborrecer el vicio, no sólo fundándolo en que lo ha prohibido Dios, sino en que es aborrecible por sí mismo! De otro modo, les es fácil pensar que podrían muy bien frecuentarlo, y que les sería permitido, si Dios no lo hubiera prohibido; que, en todo caso, bien puede Dios hacer alguna excepción en su provecho. Dios, que es el ser más santo y que sólo ama lo que es bueno, quiere que practiquemos la virtud por su valor intrínseco y no porque él lo desee.

Vivimos en un tiempo de disciplina, cultura y civilidad; pero aún no, en el de la moralización. Se puede decir, en el estado presente del hombre, que la felicidad de los Estados crece al mismo tiempo que la desdicha de las gentes. Y es todavía un problema a resolver, si no seríamos más felices en el estado bárbaro, en que no existe la cultura actual, que en nuestro estado presente.

Pues ¿cómo se puede hacer felices a los hombres, si no se les hace morales y prudentes? La cantidad del mal no disminuirá, si no se hace así.

Hay que establecer escuelas experimentales, antes deque se puedan fundar escuelas normales. La educación y la instrucción no han de ser meramente mecánicas, sino descansar sobre principios. Ni tampoco sólo razonadas, sino, en cierto modo, formar un mecanismo. En Austria, casi no hay más que escuelas normales establecidas conforme a un plan, en contra del cual se dice mucho, y con razón, reprochándosele especialmente el ser un mecanismo ciego. Las otras escuelas tenían que regirse por ellas, y hasta se rehusaba colocara la gente que no hubiera estado allí.

Muestran semejantes prescripciones lo mucho que el gobierno se inmiscuía en estos asuntos; haciendo imposible con tal coacción que prosperase nada bueno.

Se cree comúnmente, que los experimentos no son necesarios en la educación, y que sólo por la razón se puede ya juzgar si una cosa será o no buena. Pero aquí se padece una gran equivocación, y la experiencia enseña, que de nuestros ensayos se han obtenido, con frecuencia, efectos completamente contrarios a los que se esperaban. Se ve, pues, que, naciendo de los experimentos, ninguna generación puede presentar un plan de educación completo. La única escuela experimental que, en cierto modo, ha comenzado a abrir el camino, ha sido el Instituto de Dessau.

Se le ha de conceder esta gloria, a pesar de las muchas faltas que pudieran achacársele; faltas que, por otra parte, se encuentran en todos los sitios donde se hacen ensayos; y a él se le debe asimismo que todavía se hagan otros nuevos. Era, en cierto modo, la única escuela en que los profesores tenían la libertad de trabajar conforme a sus propios métodos y planes, y donde estaban en relación, tanto entre sí, como con todos los sabios de Alemania.

La educación comprende: los cuidados y la formación. Esta es: a) negativa, o sea la disciplina, que meramente impide la faltas; b) positiva, o sea la instrucción y la dirección; perteneciendo en esto a la cultura. La dirección es la guía en la práctica de lo que se ha aprendido.

De ahí nace la diferencia entre el instructor (Infórmator), que es simplemente un profesor, y el ayo (Hofmeaster), que es un director. Aquél educa sólo para la escuela; este, para la vida.

La primera época del alumno es aquella en que ha de mostrar sumisión y obediencia pasiva; la otra, es aquella en que ya se le deja hacer uso de su reflexión y de su libertad, pero sometidas a leyes. En la primera hay una coacción mecánica; en la segunda, una coacción moral.

La educación puede ser privada o pública. La última no se refiere más que ala instrucción, y ésta puede permanecer siendo pública siempre. Se deja a la primera la práctica de los preceptos.

Una educación pública completa es aquella que reúne la instrucción y la formación moral. Tiene por fin promover una buena educación privada. La escuela en que se hace esto se llama un instituto de educación. No puede haber muchos institutos de esta clase; ni puede ser tampoco muy grande el número de sus alumnos, porque son muy costosos; su mera instalación exige ya mucho dinero.

Estos institutos vienen a ser como los asilos y hospitales. Los edificios que requieren y el sueldo de los directores, inspectores y criados restan ya la mitad del dinero destinado a este fin; y está probado que los pobres estarían mucho mejor cuidados, enviándoles este dinero a sus casas. También es difícil que la gente rica mande sus hijos a estos centros.

El fin de tales institutos públicos es el perfeccionamiento de la educación doméstica.

Cesarían sus gastos si estuvieran bien educados los padres o los-que les ayudan en la educación. En ellos se debe hacer ensayos y educar individuos, y así crearán una buena educación doméstica.

De la educación privada cuidan, o bien los mismos padres, o bien otras personas, que son auxiliares asalariados, cuando aquéllos no tienen tiempo, habilidad o gusto; pero en la educación dada por éstos, se presenta la dificilísima circunstancia de hallarse dividida la autoridad entre los padres y los ayos. El niño debe regirse por las instrucciones de los ayos y seguir al mismo tiempo los caprichos de los padres. En una educación de esta clase es necesario que los padres cedan toda su autoridad a los preceptores.

¿Pero en qué puede aventajar la educación privada -a la pública o ésta a aquélla? Parece ser más ventajosa, en general, la educación pública que la privada, no sólo desde el punto de vista de la habilidad, sino también por lo que se refiere al carácter del ciudadano. Es muy frecuente que la educación doméstica no solamente no corrija las faltas de la familia, sino que las aumente.

¿Cuánto debe durar la educación? Hasta la época en que la misma Naturaleza ha decidido que el hombre se conduzca por sí mismo, cuando se desarrolla en él el instinto sexual; cuando él mismo pueda llegar a ser padre y deba educar; aproximadamente hasta los dieciséis años. Pasado este tiempo, se puede emplear aún los recursos de la cultura y aplicar una disciplina disimulada, pero no una educación regular.

La sumisión del alumno puede ser, o bien positiva: cuando ha de hacer lo que se le ha prescrito, por no poder juzgar por sí mismo y por tener aún la facultad de imitar, o negativa: cuando necesita hacer lo que deseen los demás, si quiere, a su vez, que éstos hagan algo por complacerle.

En el primer caso se aplica el castigo; en el segundo, no se hace lo que él quiere; aquí está pendiente de su placer, aunque ya pueda pensar.

Uno de los más grandes problemas de la educación es conciliar, bajo, una legitima coacción la sumisión con la facultad de servirse de su voluntad. Porque la coacción es necesaria. ¿Cómo cultivar la libertad por la coacción? Yo debo acostumbrarle a sufrir una coacción en su libertad, y al mismo tiempo debo guiarle para que haga un buen uso, de ella. Sin esto, todo es un mero mecanismo, y una vez, acabada su educación, no sabría servirse de su libertad. Ha de sentir desde el principio la inevitable resistencia de la sociedad para que aprenda lo difícil de bastarse a sí mismo, de estar privado de algo y de adquirir para ser independiente.

Aquí es preciso observar lo siguiente: a) que se deje libre al niño desde su primera infancia en todos los momentos (exceptuados los casos en que pueda hacerse daño, como, por ejemplo: si quiere coger un cuchillo afilado), con tal que obre de modo que no sea un obstáculo a la libertad de otro, por

ejemplo: cuando grite o su alegría sea tan ruidosa que moleste a los demás; b) se le ha de mostrar que no alcanzará sus fines, sino dejando alcanzar los suyos a los demás, por ejemplo: que no se le concederá gusto alguno si no hace lo que se le manda, que debe aprender, etc.; c) es preciso hacerle ver que la coacción que se le impone le conduce al uso de su propia libertad; que se le educa para que algún día pueda ser libre, esto es, para no depender de los otros. Esto es lo último. Los niños tardan mucho, por ejemplo, en hacerse cargo de que más tarde están obligados a preocuparse de su sostenimiento. Creen que sucederá siempre lo mismo que en casa de sus padres, donde reciben la comida y la bebida sin tener que cuidarse de ello. Si no se les trata así, continúan siendo niños toda su vida, como los habitantes de Otahití, particularmente los de padres ricos y los hijos de príncipes. La educación pública tiene aquí sus más evidentes ventajas, pues en ella se aprende a medir sus fuerzas y las limitaciones que impone el derecho de otro; no se disfruta de ningún privilegio porque se halla resistencia por todas partes, y no se sobresale más que por el propio mérito; es la educación que mejor imagen da del futuro ciudadano.

Pero todavía hay que resolver una dificultad que se presenta aquí: consiste en anticipar el conocimiento sexual para impedir el vicio antes de entrar en la pubertad. Más adelante se hablará de ello.

TRATADO

La Pedagogía o teoría de la educación es o física o práctica. La educación física es aquella que el hombre tiene de común con los animales, o sea los cuidados. La educación práctica o moral es aquélla mediante la cual el hombre debe ser formado para poder vivir, como un ser que obra libremente. (Se llama práctico a todo lo que tiene relación con la libertad). Es la educación de la personalidad, la educación de un ser que obra libremente, que se basta a sí propio, y que es un miembro de la sociedad, pero que puede tener por sí mismo un valor intrínseco.

Así, pues, esta educación se compone: a) de la formación escolástico-mecánica, que se refiere a la habilidad; entonces es didáctica (instructor); b) de la formación pragmática, que se refiere a la prudencia (ayo); c) de la formación moral, que se refiere a la moralidad.

El hombre necesita de la formación escolástica o instrucción para llegar a alcanzar todos sus fines. Le da un valor en cuanto a sí mismo como individuo. La educación por la prudencia le hace ciudadano, porque adquiere un valor público. Aprende con ella, tanto a dirigir la sociedad pública a sus propósitos como a adaptarse a ella. Finalmente, por la formación moral adquiere un valor en relación con toda la especie humana.

La formación escolástica es la primera y más antigua. Pues toda prudencia supone habilidad. La prudencia es la facultad de aplicar bien la habilidad. La formación moral es la última, en tanto que se apoya en principios que el hombre mismo debe comprender; pero hay que practicarla desde luego, igual que la educación física, mientras sólo descanse en el sentido común; de otro modo, fácilmente arraigarían las faltas, en las que todo esfuerzo de la educación es inútil. En cuanto a la habilidad y a la prudencia, ha de ser continua la labor. Apenas si vale más ser, de niño, hábil, prudente, benigno, astuto, al modo de un hombre, que infantil de carácter cuando adulto.

DE LA EDUCACIÓN FÍSICA

Aun cuando el que se encarga como ayo de una educación no toma al niño bajo sus cuidados lo bastante pronto para que pueda cuidar asimismo de la educación física, conviene saber sin embargo, todo lo que es necesario observar en la educación desde el principio hasta el fin. Puede ocurrir, aun no siendo ayo más que de niños mayores, que nazcan en la casa otros niños, y, si se conduce bien, convertirse en el íntimo de los padres, que le pedirán entonces consejo sobre la

educación física de sus hijos, ya que con frecuencia es el único entendido en el hogar. Por esto necesita el ayo tales conocimientos.

La educación física propiamente no consiste sino en los cuidados de los padres, nodrizas o niñeras. La leche de la madre es el alimento que la Naturaleza ha destinado al niño. Es un mero prejuicio creer que chupa su carácter con la leche; muchas veces se oye decir: ¡Tú lo has mamado con la leche de tu madre! Lo más ventajoso para la madre y el niño es que ella misma lo críe. Sin embargo, también hay en esto excepciones: en casos extremos, por enfermedad. Se creía antes que la primera leche después del parto, serosa, era perjudicial para el niño, y que la madre había de suprimirla antes que pudiera mamar. Pero Rousseau fue el primero que llamó la atención de los médicos, sobre si esta primera leche podría también ser buena, pues la Naturaleza no ha dispuesto nada en vano. Y se ha encontrado realmente que esta leche (llamada por los médicos meconium) es la que mejor quita las inmundicias que se encuentran en los recién nacidos, siendo, por lo tanto, muy conveniente para los niños.

Se ha suscitado el problema de la posibilidad de criar mejor al niño con la leche de animal.

La leche humana es muy diferente de la leche de los animales. La de todos los herbívoros se cuaja muy pronto cuando se le añade algún ácido, por ejemplo, el tártrico o el cítrico, y particularmente el ácido que se llama cuajo. La leche humana no se cuaja. Pero cuando la madre o la nodriza comen sólo vegetales durante algunos días, la leche se cuaja del mismo modo que la de vaca, aunque vuelve a ser tan buena como antes, si no comen más que carne durante algún tiempo. De esto se ha deducido que lo mejor y más provechoso para el niño es que su madre o su nodriza se alimenten de carne durante el tiempo que crían. Pues si el niño devuelve la leche, se ve que está cuajada. El ácido de su estómago tiene que favorecer el cuajamiento mejor que los demás; sino, en modo alguno podría cuajar la leche humana. ¡Qué mal se haría si se diera al niño una leche que por sí misma ya se cuajara! Pero se ve en otras naciones, que no depende todo únicamente de esto. Los tunguses, por ejemplo, apenas comen más que carne, y son gentes sanas y fuertes; sin embargo, todos estos pueblos no viven mucho, pudiéndose levantar con poco esfuerzo a un gran muchachote a quien, al verle, no se le creería tan ligero. Los suecos, y particularmente los indios, por el contrario, no comen casi ninguna carne, y sin embargo se crían muy bien. Parece, pues, que esto sólo depende de la salud de la nodriza, y que el mejor alimento es aquel que sienta mejor.

Aquí se pregunta: ¿con qué se ha de alimentar al niño cuando termine la leche de su madre? Desde hace algún tiempo se ha ensayado toda clase de papillas; pero no es bueno alimentar al niño, al principio, con tales cosas. Particularmente, se ha de evitar darle excitantes, como vino, especias, sal, etc. Es extraño, sin embargo, que los niños tengan tan grande afán por estas cosas. Ello es debido a que proporcionan a sus sensaciones, aún confusas, una irritación, una animación que les son agradables. Los niños rusos reciben, sin duda, de sus madres el mismo gusto que tienen éstas por beber aguardiente, y se observa que los rusos son sanos y fuertes. Bien es cierto, que los que lo resisten han de tener muy buena constitución; y así mueren muchos que no haciendo esto, hubieran podido vivir; pues tal prematura irritación de los nervios produce muchos desórdenes. Hay que preservarlos cuidadosamente hasta de los alimentos o bebidas calientes, pues también les debilitan.

Se debe evitar, además, no mantener al niño muy caliente, pues su sangre lo está ya por sí misma mucho más que en los adultos. El calor de la sangre de los niños llega a 110° Fahrenheit, y la de los adultos sólo a 96°. El niño se asfixia en una temperatura en que otros de más edad se encuentran perfectamente. La habitación fresca generalmente hace fuerte al hombre. No es bueno tampoco para los adultos abrigarse demasiado, cubrirse con exceso y acostumbrarse a bebidas muy calientes. Por tanto, hay que tener al niño en lecho fresco y duro. Los baños fríos son buenos también. No se debe emplear excitante alguno para despertar el apetito de los niños; ha de nacer sólo de la actividad y de la ocupación. No se debe dejar que el niño se acostumbre a nada, pues la costumbre se convierte en necesidad. Aun para el bien, no se le ha de hacer de todo un hábito por medio del arte.

Los pueblos bárbaros no envuelven en mantillas a sus niños. Los salvajes de América, por ejemplo, hacen para sus hijos hoyos en la tierra; cubren el fondo con polvo de los árboles carcomidos

para que absorba la orina y demás secreciones y permanezcan secos los niños, y, después, los cubren con hoyas; pero, por lo demás, les dejan el libre uso de sus miembros. Nosotros envolvemos a los niños como momias por nuestra pura comodidad, para no cuidar de que se hagan daño; lo que, no obstante, sucede con las mantillas, que además les causan mucho temor y les hacen caer en una especie de desesperación, impidiéndoles a menudo hacer uso de sus miembros; se cree entonces poder apagar sus gritos con meras palabras; pero que se envuelva tan sólo una vez a un hombre, y se verá si no grita también y no cae en la angustia y en la desesperación.

En general, es necesario observar que la primera educación sólo tiene que ser negativa, es decir, que no se ha de añadir nada a la previsión de la Naturaleza, sino únicamente impedir que se la pueda perturbar. Si hay un arte permitido en la educación, es sólo el del endurecimiento: una razón más para desechar las mantillas. Si, no obstante, se quiere tomar algunas precauciones, lo más conveniente es una especie de caja guarnecida en la parte alta por correas. Los italianos la usan y la llaman arcuccio. El niño permanece siempre en esta caja, y allí se le deja hasta para amamantarle.

Se impide a la vez con ella que la madre pueda aplastar al niño si se duerme por la noche. Entre nosotros mueren muchos niños de esta manera; semejante precaución es, pues, mucho mejor que las mantillas, porque los niños tienen más libertad y les impide deformarse, como frecuentemente ocurre con ellas.

Otra costumbre de la primera educación es el mecer a los niños. El modo más fácil es el que emplean algunos campesinos. Suspenden la cuna, mediante cuerdas, de una viga, y no tienen más que empujarla para que se mueva de un lado a otro. En general, no sirve de nada el brizar a los niños; pues el vaivén les es perjudicial. Se ve hasta en las personas mayores que el columpiarse les produce vértigos y un movimiento como para vomitar. De este modo se quiere aturdir a los niños para que no griten; pero los gritos les son saludables. Tan pronto como salen del seno materno, donde no han disfrutado ningún aire, respiran el primero. Alterado con ello, el curso de la sangre les produce una sensación dolorosa; pero por sus gritos desarrolla el niño mejor sus partes interiores y los canales de su cuerpo. También se les perjudica mucho acudiendo a ellos cuando gritan, cantándoles algo, por ejemplo, como tienen costumbre de hacer las amas; ésta es habitualmente la primera perversión del niño, pues al ver que todo viene a sus gritos, los repite con más frecuencia.

Se puede decir con verdad, que los niños de la gente vulgar están peor educados que los de los señores, porque la gente ordinaria juega con sus hijos como los monos: los cantan, los zarandean, los besan, bailan con ellos; piensan hacerles algún bien corriendo a ellos cuando lloran, forzándoles a jugar, etc.; pero así gritan más a menudo. Cuando, por el contrario, no se atiende a sus gritos, acaban por callarse, pues ninguna criatura se toma un trabajo inútilmente. Si se les acostumbra a ver realizados todos sus caprichos, después será demasiado tarde para quebrar su voluntad. Dejándoles gritar, se cansan ellos mismos; mas si se satisfacen todos sus caprichos en la primera juventud, se pervierte su corazón y sus costumbres.

El niño, sin duda, no tiene aún ningún concepto de lo moral; pero se tuercen sus disposiciones naturales porque hay que emplear después castigos muy duros para volver bueno lo corrompido. Cuando después se quiere desacostumbrar a los niños de que se acuda presurosos a sus deseos, manifiestan un furor tan grande en sus gritos, como sólo son capaces de mostrarlo las personas mayores; faltándoles sólo las fuerzas para traducirlo en obras. Mandan de modo completamente despótico, en tanto que no tienen más que gritar para conseguirlo todo. Es muy natural que se enojen ante la pérdida de este dominio, pues aun las personas mayores, cuando han estado mucho tiempo en posesión de un poder, les es muy difícil deshabituarse de pronto.

Los niños no ven bien al principio, aproximadamente hasta los tres primeros meses; tienen, en efecto, la sensación de la luz, pero no pueden diferenciar unos objetos de otros. Para convencerse de ello basta enseñarles una cosa brillante; no la siguen con los ojos. Con la vista aparece también la facultad de reír y de llorar. Cuando el niño se encuentra en este estado, grita con reflexión, sea ésta todo lo oscura que se quiera. Entonces cree que siempre se le hace daño. Dice Rousseau, que cuando se pega en la mano a un niño de seis meses, grita como si le hubiera caído en ella un tizón ardiendo. Realmente aquí supone ya la idea de una ofensa. Comúnmente los padres hablan mucho de quebrar

la voluntad de los hijos. No hay que contrariarles más que cuando previamente se les ha corrompido. Pues la primera corrupción nace de acceder a la voluntad despótica de los niños, en tanto que pueden conseguirlo todo con sus llantos. Después es muy difícil reparar este mal, y apenas se llega a conseguirlo.

Puede muy bien lograrse que el niño esté tranquilo; pero en tanto, consume su cólera y mantiene más y más su rabia interior. Así se le acostumbra al disimulo y a las emociones internas.

Es muy extraño, por ejemplo, que los padres exijan a sus hijos que les besen la mano después de haberle pegado con la palmeta. De este modo se les habitúa al disimulo y a la falsedad; pues la palmeta no es un regalo tan hermoso que hayan de agradecerlo, y es fácil pensar con qué corazón besarán entonces la mano.

Para enseñar a andar a los niños se emplean ordinariamente los andadores y los carretones.

Es chocante que se quiera enseñar a andar a un niño; como si un hombre no pudiera andar por falta de instrucción. Los andadores, especialmente, son muy perjudiciales. Cierto escritor se quejaba un día de asma, que no atribuía sino a los andadores. Pues como el niño todo lo coge y arrastra por el suelo, apoya el pecho en los andadores, y como el pecho está tierno aún, se aplasta y después conserva esta forma. Los niños no aprenden con tales auxilios a andar tan firmemente como si hubieran aprendido ellos solos. Lo mejor es dejarles que se arrastren hasta que empiecen a andar poco a poco, por sí mismos. Por precaución se puede guarnecer el cuarto con cobertores de lana para que no se claven astillas, ni caigan en duro.

De ordinario se dice que los niños caen muy pesadamente; pero sin contar que no siempre sucede eso, no les hace daño caerse alguna vez. Así aprenden a guardar mejor el equilibrio y a hacer que la caída no les perjudique. Habitualmente se les pone las llamadas chichoneras, que son lo bastante salientes para impedir que el niño nunca pueda caer sobre su cara. Es una educación negativa emplear instrumentos allí donde el niño los tiene naturales. Aquí lo son las manos, que el niño pone ante él en las caídas. Cuantos más instrumentos artificiales se usen, tanto más dependerá el hombre de ellos.

En general, lo mejor sería usar menos instrumentos al principio y dejarles aprender más por sí mismos; lo realizarían más sólidamente. Sería así posible, que el niño aprendiera, por ejemplo, a escribir solo, pues alguien lo ha inventado una vez, y esta invención tampoco es muy difícil.

Bastaría decirle, v. gr., cuando quiere pan: ¿Podrías pintarlo? Entonces dibujaría una figura ovalada.

Se le podría decir que no se sabe si representa un pan o un canto rodado; trataría después de dibujar la P y llegaría de esta manera a inventar con el tiempo su propio A B C, que más tarde podría cambiar por otros signos.

Algunos niños vienen al mundo con ciertos defectos. ¿No hay medio de corregir sus formas defectuosas a éstos mal conformados? Los trabajos de muchos sabios escritores han probado que el corsé no sirve en este caso más que para empeorar el mal; para impedir tanto la circulación de la sangre y de los humores, como la muy necesaria dilatación de las partes exteriores e interiores de nuestro cuerpo. Cuando se deja en libertad al niño, ejercita todavía su cuerpo; siendo el hombre que lleva corsé mucho más débil cuando se lo quita, que otro que no se lo haya puesto nunca. Quizá se pudiera auxiliar a los que han nacido ladeados, colocando mucho peso donde los músculos sean más fuertes. Pero esto es también muy peligroso; pues ¿qué hombre puede determinar su equilibrio? Lo mejores que el niño se mueva por sí mismo y tome una postura, aun cuando le sea molesta, pues todas las máquinas no consiguen nada en este asunto.

Todos estos aparatos artificiosos son tanto más perjudiciales, cuanto más en contradicción están con el fin de la naturaleza en los seres organizados y racionales; en consecuencia, hay que dejarles la libertad de aprender a usar sus fuerzas. Sólo se debe impedir en la educación que los niños lleguen a ser flojos. El endurecimiento es lo contrario de la molicie. Se arriesga demasiado queriendo que los niños se acostumbren a todo. La educación de los rusos va en esto muy lejos.

Pero también muere allí un número increíble de niños. El hábito es un goce o una acción que se ha convertido en necesidad por la frecuencia de repetir el mismo goce o la misma acción. A nada pueden los niños habituarse con más facilidad (y por eso nada se les tienen que dar menos) que a las cosas excitantes, por ejemplo, las bebidas calientes, el aguardiente, el tabaco. Es muy difícil después

deshabituarse de esto, y al principio va unido a molestias, porque el placer repetido produce un cambio en las funciones de nuestro cuerpo.

Un hombre es tanto menos libre e independiente, cuantos más hábitos tiene. El hombre, como todos los demás animales, conserva cierta inclinación a lo que se le ha acostumbrado desde el principio. Impídase, pues, que los niños se habitúen a alguna cosa y que nazca en ellos ninguna costumbre.

Muchos padres quieren acostumbrar sus hijos a todo. Pero esto nada vale, porque la naturaleza humana, en general, y la de los individuos, en particular, no se deja acostumbrar a todo, y muchos niños se quedan en el aprendizaje. Quieren, por ejemplo, que puedan dormir y levantarse a cualquier hora o que coman cuando ellos lo exijan. Para poder sobrellevarlo es necesario un modo particular de vida, un régimen que fortalezca el cuerpo y que repare el mal que aquello ha ocasionado. Sin embargo, encontramos también en la Naturaleza mucha periodicidad. Los animales tienen un tiempo determinado para el sueño. El hombre debía también acostumbrarse a hacerlo a horas fijas para no perturbar al cuerpo en sus funciones. En cuanto a que los niños puedan comer a cualquier hora, no se puede alegar aquí el ejemplo de los animales. Porque siendo lo que comen los animales herbívoros poco nutritivo, el comer les es una ocupación ordinaria. Pero es muy conveniente para el hombre comer en tiempo determinado. Asimismo, quieren muchos padres que sus hijos puedan soportar grandes fríos, malos olores, toda clase de ruidos, etc. Esto no es necesario cuando no se les ha acostumbrado a nada. Y para ello, conviene mucho colocar al niño en distintas condiciones.

Una cama dura es mucho más sana que una blanda. Generalmente, una educación dura sirve mucho para el fortalecimiento del cuerpo. Entendemos por educación dura el mero impedimento de la comodidad. Para la confirmación de este aserto, no faltan ejemplos notables, sólo que no se atienden o, dicho más exactamente, no se quieren atender.

En lo que se refiere a la educación del espíritu, que, en cierto modo, también se puede llamar física, se ha de cuidar ante todo que la disciplina no esclavice al niño; éste debe, por el contrario, sentir siempre su libertad, de tal modo que no impida la de otro; por lo que ha de encontrar resistencia. Muchos padres rehúsan todo a sus hijos para ejercitar su paciencia, exigiéndoles mucha más de la que ellos mismos tienen: esto es cruel. Que se dé al niño todo lo que necesita y que se le diga después: ¡tienes bastante! Pero es absolutamente necesario que esto sea irrevocable. No se preste atención a los lloros de los niños, ni se acceda a sus deseos cuando quieran alcanzar algo por sus gritos; pero déseles cuando lo pidan amigablemente, si les conviene. El niño se acostumbrará por este medio a ser sincero, y como no importuna a nadie con sus gritos, cualquiera, en cambio, les será benévolo. La Providencia parece haber dado a los niños un aire agradable para que puedan mover a la gente en su favor. Nada más perjudicial para romper su obstinación, que una disciplina servil y estrecha. Se dice ordinariamente a los niños: ¡Uf, avergüénzate! ¡Qué indecente es esto!, etcétera. Pero semejantes expresiones no debieran encontrarse en la primera educación. El niño no posee todavía idea alguna del pudor ni de la decencia; no tiene por qué avergonzarse, no debe avergonzarse; así no se hará más que un huraño.

Quedará perplejo a la vista de los demás, y se ocultará gustoso de la gente. De tal modo, adquiere una reserva y un disimulo perjudiciales. No se atreve a pedir nada y debía pedirlo todo; oculta su carácter, parece siempre de otro modo que es, y debería poder decirlo todo con franqueza. En vez de estar siempre con sus padres, huye de ellos y se arroja en los complacientes brazos de los criados.

Los mimos y caricias ininterrumpidas no son nada mejor que esta educación estrecha. Esto fortifica al niño en su propia voluntad, le hace falso, y como le revela una debilidad de los padres, les roba la estimación necesaria a los ojos del hijo. Pero cuando se le educa de modo que no pueda conseguir nada con sus gritos, es libre, sin ser impertinente, y discreto, sin ser tímido. No se puede sufrir a un hombre atrevido. Muchos, tienen un rostro tan insolente, que ante ellos se teme siempre una grosería; así como se ven otros, por el contrario, a quienes se cree incapaces de decir una inconveniencia a nadie. Se puede parecer siempre franco, cuando a ello va unida cierta bondad. La

gente dice, con frecuencia, de los hombres de alto linaje, que tienen un aire de realeza; pero la mayor parte de las veces éste no es sino una cierta mirada altanera, a la cual se han acostumbrado desde su juventud, porque no se les ha rehusado nada.

Todo lo dicho se puede considerar como perteneciendo a la educación negativa. Pues muchas debilidades del hombre, vienen no de que se le enseñe nada, sino de comunicarle impresiones falsas. Así, por ejemplo, las nodrizas hacen que los niños teman las arañas, sapos, etc.

Los niños podrían ciertamente coger las arañas igual que las otras cosas. Pero como las nodrizas muestran su terror en su aspecto tan pronto como ven una araña, este terror obra sobre el niño por una cierta simpatía. Muchos, lo conservan durante su vida y permanecen en esto siempre niños.

Porque, en efecto, las arañas son peligrosas para las moscas, su picadura les es venenosa; pero al hombre no le perjudican. Y un sapo es un animal tan inocente como una hermosa rana verde u otro animal cualquiera.

La parte positiva de la educación es la cultura. El hombre se distingue por ella del animal.

Consiste, sobre todo, en el ejercicio de las facultades de su espíritu, por lo cual, los padres han de proporcionar ocasiones favorables a sus hijos con este fin. La primera y principal regla aquí es que se prescinda, en lo posible, de todo instrumento. Así, al principio, no se usan andadores ni carretoncillos, y se deja arrastrar al niño por el suelo hasta que aprende a andar por sí mismo, que es como andará más firmemente. Los instrumentos no hacen más que destruir la habilidad natural. Y así, cuando se usa un cordel para medir una extensión, pudiéndolo realizar muy bien calculando a simple vista; cuando se emplea un reloj para determinar el tiempo, bastando para ello la posición del sol; cuando se sirve de un compás para saber el sitio de un bosque, pudiéndolo hacer asimismo por el sol, de día, y por las estrellas de noche. Hasta se puede decir, que en vez de usar una barca para ir por el agua, se puede nadar. El ilustre Franklin se extrañaba de que no aprendiera a nadar todo el mundo, siendo no obstante tan agradable y útil. Citaba también una manera fácil para aprender a nadar por sí mismo: se pone un huevo en un arroyo, en cuyo fondo descansa el individuo, teniendo, por lo menos, la cabeza fuera del agua. Se intenta entonces cogerlo; al agacharse, suben los pies por alto y se echa la cabeza sobre la nuca para que el agua no entre en la boca, y así se tiene la postura que es necesaria para nadar; basta ahora mover las manos y se nada. No se trata, sino de cultivar la habilidad natural. Frecuentemente, se necesita una instrucción para esto; a menudo, también el niño mismo es bastante rico en invenciones, o encuentra él solo los instrumentos.

Lo que ha de observarse en la educación física y, por consiguiente, en lo referente al cuerpo, se reduce, o bienal movimiento voluntario, o bien a los órganos de los sentidos. Se trata, en el primer caso, de que el niño se baste siempre a sí mismo. Para ello necesita fuerza, habilidad, agilidad y seguridad; por ejemplo, que pueda andar por un sendero estrecho, por una altura escarpada, donde ante sí vea un abismo, o por un suelo vacilante. Cuando un hombre no pueda hacer estas cosas, no es todo lo que podría ser. Desde que dio el ejemplo el Philantropinum, de Dessau, se han hecho muchos ensayos de esta clase en otros Institutos. Es maravilloso leer, cómo los suizos se acostumbran desde su juventud a ir por las montañas y la habilidad que esto les da; pudiendo pasar con la más completa seguridad por los más estrechos senderos y saltar sobre los abismos, habiendo previamente juzgado a simple vista que pueden salvarlos sin riesgo. Pero la mayor parte de los hombres temen una caída imaginaria, y este temor les paraliza de tal modo los miembros, que les hace muy peligroso el andar de esta manera. Este temor crece generalmente con la edad, y abunda sobre todo, en los hombres acostumbrados a trabajos intelectuales.

Tales ensayos con los niños no son realmente muy peligrosos, porque éstos tienen, en relación a sus fuerzas, un peso mucho menor que los hombres, y por eso no caen tampoco de un modo tan pesado. Además, sus huesos no son ni tan secos ni tan frágiles como lo llegarán a ser con la edad. Los mismos niños ensayan sus fuerzas. Así se les ve frecuentemente trepar sin propósito alguno. El correr es un movimiento saludable y que robustece al cuerpo. Son buenos ejercicios también, el saltar, levantar, llevar, lanzar, arrojar hacia un objeto, luchar, correr y todos los de esta clase. El baile artístico parece prematuro para los niños propiamente dichos.

El juego de lanzar, ya a lo largo, ya para dar en el blanco, tiene también como fin el ejercicio de los sentidos, y en particular, el de la vista. El juego de la pelota es uno de los mejores juegos infantiles porque origina una carrera saludable. En general los mejores juegos son los que, a más de desenvolver la habilidad, ejercitan también los sentidos; por ejemplo, los ejercicios de cálculo a simple vista para juzgar exactamente sobre la lejanía, el tamaño y la proporción; para encontrar la situación de los lugares según las regiones, en lo cual tiene que ayudar el sol, etc, todos éstos son buenos ejercicios. También es muy ventajosa la imaginación local, que consiste en la habilidad de representarse todo en los lugares en que realmente se han visto; por ejemplo, el placer de encontrar la salida de un bosque, observando los árboles por los cuales se pasó antes. Lo mismo sucede con la memoria localis, mediante la cual, no sólo se sabe en qué libro se ha leído alguna cosa, sino también el lugar donde está. Así, el músico tiene la representación de las teclas, para no tener que mirarlas. También es necesaria la cultura del oído de los niños a fin de que conozcan por él si una cosa se encuentra lejos o cerca y el sitio en que está.

El juego de la gallina ciega, era ya conocido por los griegos; lo llamaban *μvrvoa*. Los juegos de los niños son muy generales; los de Alemania se encuentran también en Inglaterra, Francia, etc. Se fundan en una cierta tendencia natural de los niños; en el de la gallina ciega, por ejemplo, comprenden cómo podrían arreglarse si estuvieran privados de un sentido. El peón es un juego particular; sin embargo, estos juegos de niños proporcionan materia a los hombres para más vastas reflexiones, y a veces también, ocasión para inventos importantes. Así, Segner ha escrito una disertación sobre el peón, y el peón ha dado motivo a un capitán de navío inglés para inventar un espejo, mediante el cual se puede medir sobre el barco la altura de las estrellas.

Los niños gustan de los instrumentos ruidosos, por ejemplo, las trompetillas, los tamborcitos, etc. Pero éstos no valen nada, porque importunan a los demás. No obstante, ya sería otra cosa si ellos mismos aprendieran a cortar una caña para poder tocar.

El columpio es también un buen ejercicio, los mismos adultos lo utilizan para su salud; sólo necesitan los niños que se les vigile, porque puede llegar a ser muy rápido el movimiento. La cometa es igualmente un juego inofensivo; educa la habilidad, porque el levantarla muy alta depende de la posición que se tome respecto al viento.

El muchacho se aparta de otras necesidades por el placer de estos juegos, y así aprende poco a poco a pasarse sin otras más graves. Además, adquiere la costumbre de una ocupación continua. Tampoco deben ser meros juegos, sino que han de tener una intención y un fin. Cuanto más se fortifica y se curte de tal modo su cuerpo, se asegura tanto más contra los perniciosos resultados del mismo. La gimnasia sólo debe guiar a la Naturaleza; no debe producir una gracia forzada. Primeramente ha de venir la disciplina y no la instrucción. Pero es preciso considerar, que en la cultura del cuerpo del niño se le forma también para la sociedad. Dice Rousseau: «No llegaréis a formar hombres enteros si no hacéis antes pillos». Se puede hacer mejor de un muchacho despierto un hombre de bien, que de un indiscreto un hombre que obre prudentemente. El niño no ha de ser importuno en sociedad, y menos, adulador; será, incitado por los demás, confiado sin importunidad, franco, sin impertinencia. El medio de conseguirlo es no mimarle nada, ni darle un concepto de las conveniencias sociales, porque se volverá tímido y silvestre, o le sugerirá, por otra parte, la idea de hacerse valer. Nada hay más ridículo que la presuntuosa modestia o la indiscreta vanidad de los niños. En este último caso, hemos de hacerle notar sus faltas, pero sin que sienta mucho nuestra superioridad y dominio, a fin de que se forme por sí mismo, pero en la sociedad, donde el mundo ha de ser bastante grande para él y para los demás.

Toby, en Trzstram Shandy, dice a una mosca, que le había molestado mucho tiempo y a la que deja salir por la ventana: «Vete, perverso animal, que el mundo es bastante grande para mí y para ti». Y esto podría tomarlo cada uno por lema. No debemos importunarnos unos a otros; el mundo es bastante grande para todos.

Llegamos ahora a la cultura del alma, que, en cierto modo, también se puede llamar física.

Hay que distinguir la naturaleza de la libertad. Dar leyes a la libertad es muy otra cosa que formar (bilden) la Naturaleza. La naturaleza del cuerpo y la del alma están de acuerdo en que se ha de impedir perturbar su recíproca educación, y en que el arte aún ha de añadir algo tanto a una como

a otra. Por consiguiente, -de alguna manera- puede llamarse física a la educación del alma como a la del cuerpo.

La formación física del espíritu se diferencia de la formación moral en que ésta no se refiere más que a la libertad y aquélla sólo a la naturaleza. Un hombre puede estar físicamente muy cultivado, puede tener el espíritu muy formado, pero estar moralmente mal educado y ser una mala criatura.

Hay que distinguir la cultura física de la práctica, que es pragmática o moral. La última tiene por fin la moralización y no el cultivo del hombre.

Dividimos la cultura física del espíritu en libre y escolar. La libre, poco más o menos, no es más que un juego; la escolar, por el contrario, supone un proceso; la libre es la que se ha de seguir siempre en el alumno; se le considera en la escolar como sometido a la coacción. Se puede estar ocupado en el juego, lo que se llama pasar el tiempo, pero también se puede estarlo por la coacción, y esto se llama trabajar. La educación escolar debe ser un trabajo para el niño; la libre, un juego.

Se han trazado distintos planes de educación para buscar, lo que es muy loable, cuál es el mejor método. Se ha pensado, entre otros, hacer que los niños aprendan todo jugando. Lichtemberg se burla, en un número del Magazin de Gotinga, de la ilusión de que los muchachos lo hagan todo como juego, en vez de acostumbrarles desde temprano a los negocios, porque alguna vez han de entrar en la vida activa. Esto produce un resultado absurdo. El niño debe jugar, debe tener sus horas de recreo; pero tiene también que aprender a trabajar. La cultura de su habilidad es, sin duda, tan buena como la del espíritu; pero ambos modos de cultura han de practicarse en diferente tiempo. Ya es una gran desgracia para el hombre ser muy propenso a la ociosidad. Cuanto más ha holgazaneado, más difícil le es decidirse a trabajar.

En el trabajo, la ocupación no es agradable por sí misma, si no se emprende con otro propósito. La ocupación del juego, por el contrario, es agradable en sí, sin que haya necesidad de proponerse para ello ningún fin. Cuando se va a pasear, el propósito es el mismo paseo, y por esto, cuanto más largo es el camino, tanto más agradable nos resulta. Pero cuando vamos a algún sitio, sea a la sociedad que se encuentra en tal punto, sea otra cosa el objeto de nuestro paseo, escogemos con gusto el camino más corto. Lo mismo pasa con el juego de cartas. Es realmente singular, ver cómo hombres razonables son capaces de estar sentados, mezclando las cartas, horas y horas. Esto prueba que los hombres no dejan de ser niños tan fácil mente. Pues ¿aventaja en algo este juego al de la pelota de los niños? No quiere decirse precisamente que las personas mayores monten a caballo en los bastones, aunque cabalgan en otras manías.

Es de la mayor importancia que los niños aprendan a trabajar. El hombre es el único animal que necesita trabajar. Ha de estar muy preparado para que pueda gozar de su sustento. Se contesta, sin duda, negativamente, a la pregunta de si se hubiera mostrado el cielo más propicio Es falso, asimismo, creer que al haber permanecido Adán y Eva, en el Paraíso, hubiera hecho más que estar juntos, cantar canciones pastoriles, y ,contemplar las bellezas dé la Naturaleza. En tal estado les hubiera atormentado el aburrimiento, lo mismo que a los demás hombres.

El hombre ha de estar ocupado de tal modo que, lleno del fin que tiene a la vista, casi no se sienta a sí mismo; su mejor descanso es el que sigue al trabajo. Por consiguiente, se ha de acostumbrar al niño a trabajar. ¿Y dónde mejor que en la escuela debe cultivarse la afición al trabajo? La escuela es una cultura coercitiva (zwangmässige). Es de lo más perjudicial habituar al niño a que mire todas las cosas como un juego. Ha de tener un rato para recobrar fuerzas, pero es preciso también que tenga sus momentos de trabajo. Si no comprende inmediatamente para qué le sirve esta coacción, más tarde advertirá su gran utilidad. En general, se acostumbraría a los niños a la indiscreción, si se contestara siempre a sus preguntas: ¿para qué es esto? ¿y aquello? La educación tiene que ser coercitiva, pero sin que por ello haya de esclavizar a los niños.

En lo que se refiere a la cultura libre del espíritu, se ha de observar, que continúa siempre.

Tiene que dirigirse propiamente a las facultades superiores. Se cultivarán además las inferiores, pero sólo en vista de aquéllas; el ingenio, por ejemplo, en vista de la inteligencia. La regla principal en este asunto es que no se ha de cultivar aisladamente ninguna facultad, por sí misma, sino cada una en relación con las demás; la imaginación, por ejemplo, en provecho del entendimiento.

Las facultades inferiores no tienen por sí solas ningún valor, v. gr.: un hombre de mucha memoria, pero sin ningún juicio. Semejante individuo no es más que un léxico viviente. Son necesarias también estas bestias de carga del Parnaso, porque aunque no realicen nada razonable por sí, arrastran materiales con los cuales otros pueden producir alguna cosa buena. El ingenio hace grandes necedades, cuando no le acompaña el juicio. El entendimiento es el conocimiento de lo general. El juicio es la aplicación de lo general á lo particular. La razón es la facultad de comprender la unión de lo general con lo particular. Esta cultura libre sigue su curso desde la infancia hasta- que cesa toda educación. Cuando un joven, por ejemplo, aduce una regla general, se le puede hacer citar casos de la historia, de la fábula en que esté disfrazada, pasajes de los poetas donde esté expresada, y proporcionarle de este modo ocasión de ejercitar su ingenio, su memoria, etc.

La máxima tantum scimus, quantum memoria tenemus[1] tiene, sin duda alguna, su exactitud, por lo cual es muy necesaria la cultura de la memoria. Todas las cosas están dispuestas de tal modo, que el entendimiento ha de seguir las impresiones sensibles y la memoria, conservarlas. Esto sucede con las lenguas. Se las puede aprender, bien de memoria -formalmente- o mediante la conversación, y este último método es el mejor en las lenguas vivas. El estudio de los vocablos es realmente necesario, pero es mucho mejor, que los aprendan los niños cuando los encuentren en un autor, que se les ha mandado leer. La juventud ha de tener una tarea fija y determinada. Se aprende mejor la geografía por un cierto mecanismo. La memoria prefiere particularmente este mecanismo, que es también muy conveniente en una porción de cosas. Hasta ahora no se ha encontrado todavía ninguno a propósito para la historia; se han ensayado unas tablas; sin embargo, parece que no dan buenos resultados. La historia es un excelente medio para ejercitar en el juicio al entendimiento. La memoria es muy necesaria, pero no vale absolutamente nada, cuando se hace de ella un mero ejercicio; por ejemplo, cuando se hace aprender los discursos de memoria. En rigor, esto no sirve más que para favorecer la osadía; y la declamación, por otra parte, no conviene más que a los hombres. Aquí pertenecen también todas las cosas que no se aprenden más que para un futuro examen o en consideración al futuran oblivionen[2]. No se ha de emplear la memoria más que en las cosas cuya conservación nos sea conveniente y que tengan relación con la vida real. Es perjudicial a los niños la lectura de novelas, porque no les sirven más que de distracción mientras las leen; debilita también la memoria, pues sería ridículo retener la novela y quererla contar a los demás. Se ha de retirar, por tanto, toda novela de manos de los niños. Mientras las leen; imaginan en ellas otra novela, porque se representan de otro modo las circunstancias, divagan y quedan como aturdidos.

No se han de permitir nunca las diversiones, a lo menos en la escuela, pues acaban por producir cierta inclinación, cierto hábito a ellas. Los que son dados a las diversiones, pierden sus más hermosas cualidades. Aunque los niños se distraigan en sus juegos, vuelven pronto al recogimiento; cuando preparan una mala partida, se les ve con frecuencia distraídos, pues entonces reflexionan cómo han de ocultarla o repararla. En estos momentos, no oyen más que la mitad de lo que se les habla, responden al revés, no se enteran de lo que leen, etc.

La memoria se ha de cultivar desde muy temprano, sin olvidar tampoco la inteligencia.

Se cultiva la memoria: a) Reteniendo los nombres que se encuentran en las narraciones; b) mediante la lectura y escritura, pero ejercitándolas reflexivamente y no por el deletreo; c) mediante las lenguas, que los niños han de aprender hablándolas, aún antes de que lleguen a leer. Puede prestar un buen servicio, convenientemente arreglado, el llamado orbis pictus, pudiéndose comenzar principalmente por la botánica, la mineralogía y la física. Al hacer una indicación en estas materias, se da motivo a modelar y dibujar, para lo que se necesitan las matemáticas. Lo más conveniente es que la primera instrucción científica sé dirija hacia la geografía, tanto matemática como física. Los relatos de viajes, explicados con grabados y mapas, conducen en seguida a la geografía política. Del estado actual de la superficie terrestre, se vuelve al primitivo y se llegará a la geografía e historia antiguas.

[1] El conocimiento está en relación directa con la memoria.
[2] Que se ha de olvidar.

Hay que tratar de unir lentamente en la instrucción del niño el saber y el poder. Las matemáticas parecen ser, entre todas las ciencias, el único medio de satisfacer este fin. Además, es preciso unir el saber y el idioma (la elocuencia, el bien decir y la retórica). También ha de aprender el niño a distinguir claramente el conocimiento, de la mera opinión y de la creencia. De este modo, se prepara un recto entendimiento y un gusto, no fino o delicado, sino exacto. Hay que preparar antes el gusto de los sentidos, sobre todo el de la vista, y, en último lugar, el de las ideas.

Ha de haber reglas en todo lo que deba cultivar al entendimiento. Es muy útil abstraerlas, para que el entendimiento no obre sólo mecánicamente, sino con conciencia de una regla. Es también muy conveniente cristalizar las reglas en ciertas fórmulas y confiarlas así a la memoria.

Nosotros tenemos las reglas en la memoria y no las encontramos pronto cuando descuidamos usarlas. Se pregunta aquí: ¿deben .preceder las reglas in abstracto? ¿se deben aprender como consecuencia del uso? ¿las reglas y el uso deben ir a pasos iguales? Esto último es lo que únicamente conviene. En otro caso, el uso es muy largo e inseguro hasta que no se llega a alcanzar las reglas. Han de aprenderse éstas ocasionalmente, pero también clasificadas, pues no se pueden retener, cuando no están unidas entre sí. Por eso, ha de preceder algo la gramática en el estudio de los idiomas.

También es preciso dar un concepto sistemático del fin completo de la educación y del modo de alcanzarlo.

A) La cultura general de las facultades del espíritu, diferente de la especial. Tiene por objeto la habilidad y el perfeccionamiento; no enseña en particular al alumno, sino que fortifica las facultades de su espíritu. Es: a) o física, dentro de lo que todo descansa en el ejercicio y en la disciplina, sin que los niños necesiten conocer ninguna máxima; pasiva para el alumno, que ha de seguir la dirección de otro; otros piensan por él: b) o moral, no se apoya en la disciplina, sino en máximas. Todo se pierde, si se quiere fundarla sobre ejemplos, amenazas, castigos, etc. Sería entonces mera disciplina. Se ha de procurar, que el alumno obre bien por sus propias máximas y no por costumbres; que no sólo haga el bien, sino que lo haga porque es bueno. Pues el único valor moral de las acciones está en las máximas del bien. La educación física se diferencia de la moral en que aquélla es pasiva para el alumno, mientras que ésta es activa. Ha de comprender siempre el fundamento y la derivación de los actos por la idea del deber.

B) La cultura particular de las facultades del espíritu. A ella pertenece la cultura de las facultades del conocimiento, de los sentidos, de la imaginación, de la memoria, de la atención y del ingenio, en lo que concierne a las facultades inferiores del entendimiento. Se habló ya anteriormente, de la cultura de los sentidos, por ejemplo, de la vista. Por lo que hace a la cultura de la imaginación, es preciso observar lo siguiente: los niños tienen una imaginación extremadamente fuerte, y no hay que excitarla y alimentarla con cuentos. Más bien se la ha de sujetar y someter a reglas; pero sin dejarla del todo desocupada.

Los mapas tienen cierto encanto para todos los niños, hasta para los más pequeños. Aun fatigados, aprenden algo todavía, cuando se usan. Es ésta una labor, que no deja vagar su imaginación, antes bien, la detiene en ciertas figuras. Podría hacérseles comenzar por la geografía, y al mismo tiempo unir a ésta, figuras de animales, vegetales, etc., que la vivifiquen. La historia vendría después.

En cuanto a la atención, obsérvese que es preciso fortificarla. Una persistente aplicación de nuestro entendimiento a un objeto, revela, más que una buena condición, debilidad de nuestro sentido interno; porque en tal caso pierde la flexibilidad y no se puede emplear a voluntad. La distracción es enemiga de toda educación. Y en la atención descansa la memoria.

Lo relativo a las facultades superiores del espíritu comprende la cultura del entendimiento, del juicio y de la razón. Al principio también se puede educar el entendimiento, en cierto modo, pasivamente, citando ejemplos para la regla, o al revés, encontrando reglas para los casos particulares. El juicio indica el uso que se ha de hacer del entendimiento. Es necesario comprender lo que se aprende o se habla, y no repetir nada sin que se comprenda. ¡Cuántos leen y oyen sin comprender, aun creyéndolo así! Para evitar esto, se necesitan imágenes y cosas.

Mediante la razón se comprenden los fundamentos; pero hay que pensar que se habla aquí de una razón aún no dirigida. El niño no debe querer, pues, razonar siempre; tampoco ha de razonar mucho sobre lo que supera a nuestras ideas. Aún no se trata en este sitio de la razón especulativa, sino de reflexionar sobre lo que procede según sus causas y efectos. El niño tiene una razón práctica en su economía y organización.

Se educan mejor las facultades del espíritu, haciendo por sí mismo todo lo que se pretende, por ejemplo, cuando se pone en práctica la regla gramatical que se ha aprendido. Se comprende mucho mejor un mapa, cuando se le puede hacer por uno mismo. El mejor recurso para comprender, es producir. Lo que, más o menos, se aprende por sí mismo, es lo que se aprende más sólidamente y lo que mejor se conserva. Con todo, sólo algunos hombres se encuentran en esta situación: se les llama autodidactas

En la cultura de la razón se ha de proceder socráticamente. En los diálogos que Platón, de algún modo, ha conservado, da Sócrates -que se llamaba la partera de los espíritus- el ejemplo de cómo las gentes de edad pueden sacar mucho por sí mismas de su espíritu. Se usa la razón de los niños en muchas cosas que no debía usarse. No han de razonar en todo. No deben conocer los fundamentos de aquello que se emplea para educarlos; pero sí, los principios, en cuanto se trata del deber. Se ha de mirar principalmente en esto, no meterles los conocimientos racionales, sino más bien sacarlos de ellos mismos. El método socrático debía dar la regla al catequístico. Aquél es, sin duda, lento y difícil de acomodar para que, mientras se sacan los conocimientos a unos, puedan aprender algo los otros. En muchas ciencias es también bueno el método mecánico-catequístico, por ejemplo, en la exposición de la religión revelada. En la religión universal, por el contrario, se tiene que usar el método socrático. Se recomienda especialmente el método mecánico-catequístico para lo que se tiene que enseñar históricamente.

Corresponde aquí también la educación del sentimiento de placer y de disgusto. Tiene que ser negativa, pero sin halagar el sentimiento mismo. La inclinación a la comodidad es para el hombre peor, que todos los males de la vida. Por eso es de una extrema importancia, enseñar a trabajar a los niños desde el principio. Cuando no están ya mimados, les gustan las diversiones a las cuales va unida la fatiga y las ocupaciones en que necesitan fuerzas. No hay que dificultarles sus placeres ni dejárselos escoger. Ordinariamente las madres educan mal a sus hijos y los miman. Y no obstante, se observa que los niños, en particular los hijos, quieren a sus padres más que a sus madres. Esto nace de que las madres no les dejan saltar, corretear, etc., por temor a que puedan hacerse daño. El padre, que, por el contrario, los riñe, los pega cuando han sido malos, a veces los lleva al campo y allí los deja corretear, jugar y estar contentos, como es propio de su edad.

Se cree ejercitar la paciencia de los niños haciéndoles esperar las cosas mucho tiempo. Sin embargo, esto no debe ser necesario. Pero sí necesitan la paciencia en las enfermedades, etc. La paciencia es doble. Consiste, o bien en renunciar a toda esperanza, o bien en recobrar un nuevo valor. La primera no es necesaria cuando sólo se pide lo que es posible, y se tiene siempre la última cuando se desea sólo lo que es justo. La desesperación agrava tanto las enfermedades, cuanto las mejora el buen valor. Pero ¿quién es capaz de hacer comprender a los enfermos, que no abandonen la esperanza de su estado físico o moral? Tampoco ha de hacerse tímidos a los niños. Sucede esto principalmente, cuando se les dirige injurias y se los avergüenza con frecuencia. Aquí encajan particularmente las palabras de muchos padres; « ¡Puf; avergüénzate!» No se ve propiamente de qué debían avergonzarse, por ejemplo, cuando tienen los dedos en la boca, etc. Se les puede decir: esto no es conveniente, pero no se les debe dirigir un « ¡puf, avergüénzate!», más que en el caso de mentir. La Naturaleza ha dado al hombre el rubor para que le traicione en cuanto mienta. Por eso los padres no deben hablar nunca de la vergüenza a los niños, más que en el caso de que mientan, y de este modo conservarán el rubor para la mentira durante toda su vida. Pero si se están avergonzando constantemente, adquirirán una timidez, que conservarán toda la vida.

Es preciso no romper la voluntad de los niños, como ya se dijo antes, sino sólo guiarla de modo que ceda ante los obstáculos naturales. Al principio, el niño tiene que obedecer a ciegas. No es natural que mande por sus gritos y que el fuerte obedezca al débil. Nunca, pues, habrá que complacer a los niños por sus gritos, aun en su infancia, ni dejarles conseguir nada por este medio.

Ordinariamente se equivocan los padres en este asunto, y quieren más tarde repararlo, negándoles en absoluto todo lo que desean. Es muy absurdo negarles sin motivo alguno lo que esperan de la bondad de sus padres, sólo por contrariarles y hacer -a los débiles- sentir su superioridad.

Se mima a los niños, cuando se satisface sus gustos, y se les educa de un modo completamente falso, saliendo al encuentro de su voluntad y de sus deseos. Esto sucede ordinariamente, cuando los niños sirven de juguete a los padres, particularmente en la época que comienzan a hablar. Pero esto mismo les causa un gran mal durante toda su vida. Efectivamente se les impide mostrar su enojo, saliendo al encuentro de su voluntad, pero entonces se enfurecen más y más interiormente. Aún no han podido conocer el modo cómo deben portarse; por consiguiente, la regla que se ha de observar con los niños desde su más tierna infancia, es auxiliarles cuando griten y se crea que algo les hace daño, pero no hacerles caso cuando meramente griten por cólera. Más tarde, se observará de modo continuo una conducta semejante. Es del todo natural, la resistencia que encuentra el niño en estos casos, y es propiamente negativa, sólo porque no se acude a sus súplicas.

Por el contrario, muchos niños obtienen de sus padres todo lo que piden cuando ruegan. Dejándoles conseguirlo todo con sus gritos, se encolerizan, pero si lo obtienen con ruegos, llegan a hacerse blandos. Hay que acceder a las súplicas de los niños si no se tiene ninguna razón importante en contra; pero habiendo motivos para no ceder, tampoco hay que dejarse conmover por sus muchas súplicas. Una negativa tiene que ser irrevocable. Esto lleva a no tener que negar frecuentemente.

Suponiendo que existiera en el niño una inclinación natural a la obstinación, lo que sólo se puede aceptar como extremadamente raro, el mejor modo de proceder, es no complacerle en nada, cuando tampoco nos haga nada con gusto. -El quebramiento de la voluntad le produce un modo servil de pensar; por el contrario, la resistencia natural ocasiona la docilidad.

La cultura moral tiene que fundarse en las máximas, no en la disciplina. Esta impide los vicios, aquélla forma el modo de pensar. Ha de mirarse, pues, a que el niño se habitúe a obrar por máximas y no por ciertos estímulos. Con la disciplina sólo queda una costumbre, que se extingue con los años. El niño debe aprender a obrar por máximas, cuya justicia comprenda él mismo.

Fácilmente se ve, que es difícil conseguir esto con los niños pequeños, y que la educación moral exige la mayor ilustración de parte de los padres y de los maestros.

Cuando el niño miente, por ejemplo, no se le ha de castigar, sino acogerle con desprecio, decirle que no se le creerá en lo futuro, etcétera. Pero si se le castiga cuando obra mal o se le recompensa cuando obra bien, hará lo bueno para que se le trate bien. Más tarde, vendrá al mundo en que no sucede así, donde puede hacer el bien sin una recompensa, y el mal sin un castigo, y entonces será un hombre que sólo mire el medio de prosperar, y será bueno o malo, según lo encuentre más ventajoso.

Es preciso que las máximas nazcan del hombre mismo. En la cultura moral se debe inculcar pronto a los niños el concepto de lo que es bueno o malo. Si se quiere fundamentar la moralidad, no hay que castigar. La moralidad es algo tan santo y tan sublime, que no se la puede rebajar y poner a la misma altura que la disciplina. Los primeros esfuerzos de la educación moral son para fundar un carácter. Consiste éste en la facilidad para obrar por' máximas. Al principio son las máximas de la escuela, y después, las de la humanidad. El niño en los comienzos obedece a las leyes. Las máximas también son leyes, pero subjetivas; se derivan del propio entendimiento del hombre. No ha de quedar impune ningún quebramiento de la ley de la escuela, aunque el castigo tiene siempre que ser apropiado a la trasgresión.

Al formar el carácter de los niños, se trata de hacerles perceptible un cierto plan en todas las cosas, ciertas leyes que tienen que seguir punto por punto. Así, por ejemplo, se les señala un tiempo fijo para el sueño, para el trabajo, para las diversiones y esto no se ha de alargar o acortar. En las cosas indiferentes se les puede dejarla elección, habiendo sólo de seguir constantemente después lo que hicieron una vez por las leyes. No hay que formar en los niños el carácter de un ciudadano, sino el de un niño.

Los hombres que no se han propuesto ciertas reglas son veleidosos; ocurre con frecuencia, que no se les puede entender ni conocer nunca bien cómo son. En efecto, se censura a menudo a la gente que obra siempre por reglas; por ejemplo, al hombre que fija un tiempo para cada obra; pero

muchas veces es injusta esta censura; esta precisión asienta una disposición favorable para el carácter, aunque parezca meticulosidad.

Es necesario, ante todo, la obediencia en el carácter de un niño, particularmente en el de un alumno. Esta es doble; en primer lugar, una obediencia absoluta al director, y luego, a la razonada y recta del que dirige. La obediencia puede nacer de la coacción y entonces es absoluta, o de la confianza y entonces es razonada. Esta obediencia voluntaria es muy importante, pero aquélla es en extremo necesaria, porque prepara el niño al cumplimiento de las leyes, que después tiene que cumplir como ciudadano, aunque no le agraden.

Por eso, los niños han de estar sujetos a una cierta ley de necesidad. Pero esta ley tiene que ser universal, en vista de la cual hay que obrar siempre en la escuela. El maestro no ha de mostrar entre varios niños predilección ni afecto aluno de preferencia por uno determinado, pues si no, la ley deja de ser universal. El niño se vuelve rebelde en cuanto ve que no se somete a todos a la misma ley.

Se habla constantemente de que se ha de presentar todo a los niños de modo que lo hagan por gusto. En muchos casos esto es bueno sin duda, pero hay que prescribirles también muchas cosas como un deber. Después les es esto de la mayor utilidad en toda su vida; porque sólo el deber, y no la inclinación, nos puede conducir en los puestos públicos, en los trabajos del oficio y en otros muchos casos. Suponiendo que el niño no comprendiera el deber, lo mejor es hacerle entender que tiene deberes como niño, puesto que es más difícil que comprenda, que los tiene como hombre. La obediencia sería más completa si pudiera comprender esto, que sólo es posible con los años.

Toda infracción por un niño de lo mandado es una falta de obediencia, que lleva consigo un castigo; tampoco está demás en la infracción de una orden cuando es por descuido. Este castigo es, o bien físico o bien moral.

Se castiga moralmente cuando se contraría la inclinación a ser respetados y queridos, cuando, por ejemplo, se avergüenza al niño, recibiéndole con tono frío y seco. Hay que conservar esta inclinación en cuanto sea posible. Por ello este modo de castigar es el mejor, porque viene en auxilio de la moralidad; v. gr., cuando un niño miente, una mirada de desprecio es un castigo suficiente y aun el que más conviene.

El castigo físico consiste en no acceder a sus deseos, o en la aplicación de una pena. El primer modo de castigar es semejante al moral y, además, negativo. Los demás castigos tienen que usarse con prudencia para no producir una andoles servilis. Conviene no conceder recompensas, porque así se hacen interesados y se les causa una indoles mercenaria.

La obediencia es, además, o bien del niño o bien del muchacho. A la infracción de ella sigue el castigo, que es, o natural, que el mismo hombre contrae con su conducta, por ejemplo: cuando el niño enferma por haber comido mucho, y éstos son los mejores, porque el hombre los experimenta toda su vida y no sólo mientras es niño, o bien es artificial.

La inclinación a ser apreciado y querido es un medio seguro de hacer permanentes los castigos. Los físicos sólo tienen que ser un complemento de los morales. No se llegará a formar ningún carácter, cuando los castigos morales apenas sirvan y se tenga que acudir a los físicos. Pero al principio tiene que suplir la coacción física a la falta de reflexión de los niños.

Los castigos que se aplican con señales de cólera, son contraproducentes. Los niños no los ven entonces más que como efecto de la pasión de otro, y ellos mismos se creen objeto de esta pasión. En general, los castigos se han de aplicar siempre con prudencia, para que vean que el único fin de éstos es su mejoramiento. Es insensato -y convierte en esclavos a los niños- cuando tienen que agradecerlos, besar las manos, etc. Se hace tercos a los niños aplicando a menudo los castigos físicos; cuando los padres castigan a sus hijos obstinadamente, sólo les hacen ser cada vez más testarudos. Los tercos no son siempre los peores hombres; a veces se conducen fácilmente por buenas representaciones.

La obediencia del joven es diferente de la del niño. Consiste en la sumisión a las reglas del deber. Hacer algo por deber es obedecer a la razón. Es un trabajo inútil hablar al niño del deber; acaban por verlo como algo a cuya infracción sigue la palmeta. El niño podría ser guiado por sus meros instintos; pero en cuanto crece hay que darle el concepto del deber. Tampoco se ha de acudir

al recurso de la vergüenza con los niños, sino solamente en los años de la juventud. Esto no puede hacerse hasta que la idea del honor haya echado raíces.

La veracidad es otro rasgo principal en la fundación del carácter del niño. Es lo básico y esencial de un carácter. El hombre que miente, apenas tiene carácter alguno; y si posee algo bueno, únicamente lo debe a su temperamento. Muchos niños son inclinados a la mentira, que procede frecuentemente de una imaginación viva. Es asunto de los padres procurar que los niños no se acostumbren a ella, pues las madres, ordinariamente, lo miran como una cosa de ninguna o escasa importancia; encuentran en esto una prueba lisonjera de las disposiciones y capacidades superiores de sus hijos. Este es el momento de hacer uso de la vergüenza, pues ya comprende bien el niño. El rubor nos traiciona cuando mentimos, pero no siempre es una prueba de ello. Nos ruborizamos a menudo de la imprudencia con que otro nos acusa de una falta. Por ningún motivo hay que tratar de arrancar la verdad a los niños mediante los castigos; su mentira debiera arrastrar consigo un daño igual, y entonces este daño los castigaría. La pérdida de la estimación es el único castigo que conviene para la mentira.

También se pueden dividir los castigos en negativos y positivos. Se aplicarían los primeros a la pereza o a la inmoralidad; por ejemplo: en la mentira, la descortesía y la insociabilidad. Los castigos positivos sirven para la mal intencionada ira. Hay que guardarse, ante todo, de tener rencor a los niños.

La sociabilidad ha de ser un tercer rasgo del carácter del niño. Ha de tener amistad con los demás y no ser siempre sólo para él. Muchos maestros se oponen a ello en la escuela, pero muy sin razón. Los niños se deben preparar a la más dulce satisfacción de la vida. Los maestros no han de preferir a ninguno por su talento, si no solamente por su carácter, pues, de lo contrario, nace la envidia, contraria a la amistad.

Los niños tienen también que ser francos, y sus miradas, tan serenas como el sol. Un corazón contento es el único capaz de encontrar placer en el bien. La religión que hace al hombre sombrío es falsa, pues él tiene que servir a Dios con el corazón contento y no por la coacción. No es necesario conservar siempre el buen humor en la coacción de la escuela, pues en este caso se la derribaría pronto; se rehace cuando hay alegría. Para esto sirven ciertos juegos en los que hay animación, en que el niño se esfuerza por hacer algo antes que los demás. Entonces el alma vuelve a serenarse.

Mucha gente mira a los años de su juventud como los mejores y los más agradables de su vida; esto no es cierto: son los más fastidiosos, porque se está tan sujeto a la disciplina, que es raro tener un amigo verdadero, y más raro aún tener libertad. Ya dice Horacio: Multa tulit facitque puer, sudarit et alsit[3].

Únicamente se ha de instruir a los niños en las cosas convenientes a su edad. Se complacen muchos padres en oír hablar a sus hijos como sabios precoces. Pero tales niños, ordinariamente, no llegan a ser nada. Un niño ha de ser sólo prudente como un niño. Nunca tiene que remedar. Está completamente fuera de su edad el niño provisto precozmente de juicios morales, que no son sino imitados. No debe tener más que el entendimiento de un niño, ni lo debe mostrar temprano. Un niño semejante no será nunca un hombre de inteligencia y de entendimiento sereno. Es asimismo insoportable un niño que quiera ya seguir todas las modas; por ejemplo, acicalarse, llevar puños y hasta tabaquera. Así se convierte en un ser afectado, cosa que no es propia de un niño.

Una sociedad culta le es una carga, y al fin le falta completamente el valor de hombre. Por esto también se le ha de impedir muy pronto la vanidad, o mejor dicho, no darle motivo a que llegue a ser vanidoso. Sucede así cuando se les dice que son hermosos, que les sienta de un modo encantador este o aquel adorno, o cuando se les promete y se les da uno. Los adornos no convienen a los niños. Sólo han de conservar sus vestidos limpios y sencillos, como una cosa necesaria. Pero tampoco han de darse los padres a sí propios ningún valor, ni mirarse al espejo, puesto en esto, como en los demás, el ejemplo es todopoderoso y afirma o destruye las buenas doctrinas.

[3] El niño ha soportado mucho y mucho ha hecho, ha sudado y se ha helado

DE LA EDUCACIÓN PRÁCTICA

La educación práctica comprende: a) la habilidad; b) la prudencia; c) la moralidad. En lo que se refiere a la habilidad, se ha de procurar que sea sólida y no fugaz. No hay que adoptar aire de conocer cosas que después no se pueden realizar. Hay que buscar la solidez en la habilidad, y que llegue a ser esto, poco a poco, por hábito en el modo de pensar. Es lo esencial del carácter de un hombre. La habilidad es necesaria para el talento.

Por lo que toca a la prudencia, consiste en el arte de colocar nuestra habilidad en el hombre; es decir, ver cómo puede servirse de los otros para sus intenciones. Requiere esto varias cosas.

Propiamente, es lo último en el hombre; pero por su valor merece el segundo lugar.

Si se ha de dejar al niño la prudencia, tiene que hacerse disimulado e impenetrable, pero pudiendo examinar cuidadosamente a los otros. Tiene particularmente que ocultarse en lo que se refiere a su carácter. Los modales son el arte de la apariencia exterior, y éste le ha de poseer. Es difícil penetrar en los otros, pero se ha de lograr necesariamente el arte de hacerse impenetrable.

Para ello se necesita disimulo; es decir, ocultar sus faltas y su apariencia exterior. El disimulo no es siempre el fingimiento, que se puede permitir a veces, aunque confina con la impureza. El fingimiento es un medio desesperado. La prudencia pide no precipitarse fácilmente, pero no hay que caer tampoco en la indolencia. Valiente, es diferente de violento. Un hombre bravo (strenus) es el que goza queriendo. Esto es relativo a la moderación del afecto; la prudencia corresponde al temperamento.

La moralidad concierne al carácter. Sustine et abstine es prepararse a una prudente moderación. Para formar un buen carácter es necesario suprimir las pasiones. Hay que acostumbrar al hombre a que sus inclinaciones no lleguen a ser pasiones, y a pasar sin lo que se le niegue.

Sustine, significa: soporta y acostúmbrate a soportar.

Es necesario valor e inclinación para aprender a privarse de algo. Hay que acostumbrarse a las respuestas negativas, a la resistencia, etcétera.

La simpatía pertenece al temperamento. Ha de prevenirse a los niños contra una compasión anhelante o lánguida. La compasión es realmente sensibilidad; concuerda sólo con un carácter sensible. Es también distinto de la piedad, siendo un mal lamentarse meramente de una cosa. Se debía dar dinero a los niños para gastos menudos, con los que pudieran socorrer a los necesitados, y entonces se podría ver si son o no son piadosos; pero cuando sólo son dadivosos con el dinero de sus padres, pierden esta virtud.

La máxima festina lente indica una actividad continua; hay que apresurarse a aprender mucho; es decir, festina; pero también hay que aprender con fundamento, y por lo tanto emplear tiempo en esto; es decir, lente. Se ocurre preguntar si es preferible dar una gran cantidad de conocimiento o sólo una pequeña, pero sólidamente. Es mejor saber poco, pero con fundamento, que mucho y superficialmente, pues al fin se advertirá en el último caso lo poco profundo de esto. Como el niño no sabe en qué circunstancias tendrá que usar este o aquel conocimiento, lo mejor es que sepa algo de todo con solidez; de lo contrario, sólo seducirá y deslumbrará a los demás con sus conocimientos superficiales.

Lo último es la fundación del carácter. Consiste éste en los firmes designios para querer hacer algo, y también en la ejecución real de los mismos; Vir propositi tenax, dice Horacio, y éste es el buen carácter. Por ejemplo: si yo he prometido algo, he de mantenerlo, aun cuando pueda perjudicarme. No puede fiarse mucho de sí mismo el hombre que, haciendo propósito de algo, no lo hace. Acaba por desconfiar de sí el que proponiéndose levantarse temprano siempre para pasear, para estudiar o para hacer esto o aquello, se excusa, en la primavera, con que aún son frías las mañanas, pudiéndole perjudicar el frío; en verano, con que es bueno dormir, siéndole el sueño agradable, y aplaza de este modo su propósito de un día para otro.

Lo que es contrario a la moral queda excluido de tales determinaciones. En un malvado, el carácter es muy malo; pero aquí se le llama tenacidad, y aun entonces agrada ver que cumple su propósito y es constante, aunque fuera mejor que se condujese así en el bien.

No hay que contar mucho con el que aplaza constantemente la ejecución de sus propósitos.

Esto ocurre con la llamada conversión futura. Es imposible que pueda convertirse en un instante, como quiere, el hombre que fue siempre vicioso, al no suceder un milagro para que de una vez sea como aquel que caminó bien toda su vida y siempre pensó honradamente. Tampoco se puede esperar nada de las peregrinaciones, mortificaciones y ayunos; no se concibe cómo pueden hacer de un hombre vicioso un hombre noble las peregrinaciones y otras prácticas semejantes.

¿Qué hace por la honradez y corrección ayunar todo el día, comiendo, en cambio, a la noche, o imponer una expiación a su cuerpo que en nada puede contribuir al cambio del alma? Para fundar un carácter moral en los niños hay que observar lo siguiente: Enseñarles, en lo posible, el deber que tienen que cumplir, mediante ejemplos y disposiciones. Los deberes que el niño ha de cumplir son sólo los deberes ordinarios hacia sí mismo y hacia los demás. Es preciso deducir estos deberes de la naturaleza de las cosas. Aquí tenemos que considerar inmediatamente: a) Los deberes para consigo mismo. No consisten en procurarse un magnífico traje, comer deliciosamente, etc., aunque haya que ser limpio en todo, ni en buscar el contento de sus apetitos e inclinaciones -por el contrario, hay que ser muy moderado y sobrio-, sino en que el hombre tenga en su interior una cierta dignidad que le ennoblezca ante todas las criaturas, siendo su deber no desmentir esta dignidad de la humanidad en su propia persona.

Pero nosotros nos separamos de esta dignidad de la humanidad cuando, por ejemplo, nos entregamos a la bebida, realizamos actos contra naturaleza, cometemos toda clase de excesos, etc.; todo lo cual coloca al hombre mucho más bajo que los animales. No es menos contrario a la dignidad de la humanidad el hombre que se rebaja a los otros y les hace siempre cumplimientos, imaginándose que se captará su voluntad con conducta tan indigna.

Habría también que hacer sensible la dignidad humana a los niños en sí mismos; por ejemplo, en el caso de suciedad, que, por lo menos, es indecoroso para la humanidad. Pero cuando realmente se coloca el niño por bajo de la dignidad humana, es con la mentira, pues ya puede pensar y comunicar sus pensamientos a los demás. La mentira hace al hombre objeto del menosprecio general, y es un medio que le roba a sí mismo la estimación y crédito que cada uno debiera tener consigo mismo.

b) Los deberes para con los demás. Hay que enseñar al niño desde muy pronto la veneración y respeto al derecho de los hombres y procurar que lo ponga en práctica; si, por ejemplo, un niño encuentra a otro niño pobre y, orgulloso, le arroja de sí o del camino o le da un golpe, no se le ha de decir: «No hagas eso, le haces daño, sé compasivo, es un pobre niño», etc., sino tratarle con la misma altanería y hacerle sentir cuán contraria al derecho de los hombres era su conducta. Los niños apenas tienen generosidad. Se puede ver esto, v. gr., cuando los padres mandan a sus hijos que den a otro la mitad de su tostada, sin que, vuelvan a recobrarla; entonces, o no lo hacen o lo hacen muy raramente y de mala gana. Tampoco se les puede hablar mucho de generosidad, porque aún no tienen nada propio.

Muchos han pasado por alto o han explicado falsamente, como Crugot, la parte de la moral que contiene la teoría de los deberes para consigo mismo. Consiste el deber hacia sí mismo, como se ha dicho, en conservar en su propia persona la dignidad humana. El hombre se censura teniendo a la vista la idea de humanidad. En su idea tiene un original con el cual se compara. Cuando aumenta el número de años, cuando empieza a nacer la inclinación sexual, es el momento crítico en que la dignidad humana es la única capaz de conservar en sus límites al joven. Hay que advertirle temprano el modo de preservarse de esto o aquello.

Apenas hay en nuestras escuelas una cosa que promovería la educación de los niños en la honradez, a saber: un catecismo del Derecho. Habría de contener casos populares que sucedieran en la vida ordinaria, y en los cuales entrara siempre, naturalmente, la pregunta: ¿es esto justo o no? Por ejemplo: cuando uno se conmueve a la vista de un necesitado, teniendo que pagar aquel día a su acreedor, y le da la suma de que es deudor y que debía pagar, ¿es justo o no? No; esto es injusto,

pues para hacer buenas obras tengo que ser libre. Cuando doy el dinero a los pobres, hago una obra meritoria; pero al pagar mi deuda hago lo que debía de hacer. Se preguntaría además: ¿es permitida una mentira oficiosa? No; no se concibe caso alguno en que convenga la excusa, por lo menos ante los niños, pues de otro modo mirarían como una necesidad cualquier bagatela y se permitirían mentir a menudo. Si hubiera tal libro, se le podría destinar diariamente una hora con mucha utilidad, para conocer y aprender de memoria el derecho de los hombres -esta pupila de Dios en la tierra.

La obligación de socorrer no es más que una obligación imperfecta. Tampoco hay que ablandar el corazón de los niños para que se afecte por la suerte de los demás, sino más bien hacerle fuerte. Que no esté lleno de sentimiento, sino de la idea del deber. Muchas personas llegan a hacerse duras de corazón, porque habiendo sido compasivas anteriormente, se vieron engañadas con frecuencia. Es inútil querer hacer comprensible a un niño lo meritorio de las acciones. Los eclesiásticos, frecuentemente, se equivocan al presentar las obras de beneficencia como algo meritorio. Aun sabiendo que no podemos cumplir nunca nuestras obligaciones con relación a Dios, no hacemos sino cumplir nuestro deber cuando socorremos a los pobres, pues la desigualdad del bienestar nace sólo de circunstancias ocasionales. Así, pues, si yo poseo una fortuna, sólo la tengo gracias a que estas circunstancias fueron favorables para mí o para mis predecesores, continuando siempre siendo la misma la relación con el todo.

Se excita la envidia de un niño, haciendo que se estime por el valor de los otros. Debe estimarse principalmente por los conceptos de su razón. La humildad no es, por consiguiente, más que una comparación de su valor con la perfección moral. La religión cristiana, por ejemplo, no enseña tanto la humildad, cuanto hace humildes a los hombres, por tener que compararse con el más alto modelo de perfección. Es absurdo asentar la humildad en apreciarse menos que los demás: «¡Mira cómo se conduce tal o cual niño!», etc. Hablarles de este modo, sólo les produce maneras innobles de pensar. Cuando el hombre aprecia su valor por los otros, trata, o bien de elevarse sobre los demás o de disminuir el valor de ellos. Esto último es la envidia. Entonces sólo pretende atribuir faltas a los demás; de otro modo no podrían compararse con ellos: sería el mejor. Aplicando mal el espíritu de emulación, sólo se produce la envidia. Aún podría servir de algo la emulación en el caso que se tratara de convencer a alguien de la posibilidad de una cosa: por ejemplo: cuando yo exijo al niño aprender una determinada tarea y le muestro que otros pudieron hacerlo.

En modo alguno hay que consentir que un niño avergüence a los otros. Es necesario ahogar todo orgullo fundado en la superioridad de la fortuna. Pero, al mismo tiempo, se ha de crear la franqueza en los niños, que consiste en una discreta confianza en sí mismo. El hombre se pone mediante ella en situación de mostrar convenientemente sus dotes. Se ha de diferenciar de la impertinencia, que consiste en la indiferencia respecto al juicio de otro.

Todos los deseos del hombre son formales (libertad y poder) o materiales (referentes a un objeto), deseos de opinión o de goces, o bien, finalmente, se refieren a la mera duración de ambos, como elemento de la felicidad.

Los deseos de la primera clase son la ambición, el deseo de mando y la codicia. Los de la segunda, el goce sexual (lujuria), el de las cosas (bienestar) o el de la sociedad (gusto en la conversación). Por fin, los deseos de la tercera clase son: el amor a la vida, a la salud, a la comodidad (despreocupación de cuidados para lo futuro).

Los vicios son: o de maldad, o de bajeza, o de pusilanimidad. A los primeros pertenece la envidia, la ingratitud y la alegría por el mal ajeno; a los segundos, la injusticia, la infidelidad (falsedad), el desorden, tanto en la prodigalidad de los bienes como en la de la salud (intemperancia) y en la del honor. Los vicios de la tercera clase son la dureza, la mezquindad y la pereza (molicie).

Las virtudes son: o virtudes de mérito, o meramente de deber o de inocencia. A las primeras pertenece la generosidad (vencimiento de sí mismo, tanto en la venganza como en el bienestar y en la codicia), la caridad y el dominio de sí mismo; a las segundas la honradez, la decencia y el carácter pacífico, y, finalmente, a las últimas, la probidad, la modestia y la sobriedad.

¿El hombre es por naturaleza, moralmente, bueno o malo? Ninguna de las dos cosas, pues no es por naturaleza un ser moral; sólo lo será cuando eleve su razón a los conceptos del deber y de la ley. Entretanto, se puede decir que tiene en sí impulsos originarios para todos los vicios, pues tiene inclinaciones e instintos que le mueven a un lado, mientras que la razón le empuja al contrario.

Sólo por la virtud puede devenir moralmente bueno, es decir, por una autocoacción, aunque puede ser inocente sin los impulsos.

La mayor parte de los vicios nacen de la violencia que el estado civilizado ejerce sobre la naturaleza, y, sin embargo, nuestro destino como hombres ha de salir del estado de naturaleza en que estamos. El arte perfecto vuelve a la naturaleza.

En educación, todo estriba en asentar por todas partes los principios justos y en hacerlos comprensibles y agradables a los niños. Han de aprender a sustituir el odio por el aborrecimiento de lo repugnante y absurdo; con el horror interior, el exterior de los hombres y castigos divinos; con la propia estimación y la dignidad interior, la opinión de los hombres; con el valor interno de la acción y la conducta, el de las palabras y movimientos del corazón; con el entendimiento, el sentimiento, y con una alegría y una piedad en el buen humor, la triste, tímida y sombría devoción.

Pero, ante todo, se les tiene que preservar de que no aprecien demasiado la meriata fortunae.

Por lo que se refiere a la educación de los niños en vista de la religión, el primer problema es ver si es posible enseñarles pronto los conceptos religiosos. Sobre esto se ha discutido mucho en Pedagogía. Los conceptos religiosos suponen siempre alguna teología. Ahora bien; ¿se debe enseñar una teología a la juventud que no conoce el mundo, que tampoco se conoce a sí misma? ¿Podría la juventud, que no conoce aún el deber, comprender un deber hacia Dios? Es verdad que si fuera posible que los niños no vieran acto alguno de veneración al Ser Supremo ni oyeran nunca el nombre de Dios, sería adecuado al orden de las cosas llevarle primero a los fines y a lo que conviene al hombre, aguzar su juicio, instruirle en la belleza y orden de las obras de la Naturaleza, añadir luego un conocimiento más profundo de la fábrica del universo y, por ello abrirles la idea de un Ser Supremo, de un legislador. Pero como esto no es posible en nuestro estado actual, sucedería que, cuando más tarde se les quisiera enseñar alguna cosa de Dios, como le oyen nombrar y presencian manifestaciones de veneración hacia El, le produciría indiferencia o ideas equivocadas; por ejemplo: un temor ante su poder. Como hay que procurar que estas ideas no aniden en la fantasía del niño, ha de enseñárseles pronto las ideas religiosas para preservarles de aquéllas. Sin embargo, no ha de ser esto obra de la memoria, pura imitación o mero mimetismo; el camino que se escoja ha de ser adecuado a la naturaleza. Aun no teniendo los niños una idea abstracta del deber, de la obligación, de la buena o mala conducta, comprenderán que existe una ley del deber, que no es la comodidad, la utilidad, etc., quien debe determinarla, sino algo universal que no se rige por el capricho de los hombres. El mismo maestro se tiene que hacer esta idea.

Primeramente hay que atribuir a Dios todo lo de la Naturaleza, y después ésta misma; como, por ejemplo, está todo colocado para la conservación de las especies y su equilibrio, pero también remotamente, para que el hombre pueda hacerse feliz por sí mismo.

Se podría, desde luego, hacer más clara la idea de Dios comparándola con la del padre bajo cuyos cuidados estamos, con lo cual se podría indicar provechosamente la unidad de los hombres, formando como una familia.

¿Qué es, pues, la religión? La religión es la ley que está en nosotros, en tanto que nos imprime fuerza mediante un legislador y juez; es una moral aplicada al conocimiento de Dios. No uniendo la religión con la moralidad, es sólo mera aspiración al favor divino. Los salmos, las súplicas, el ir a la iglesia, únicamente deben dar a los hombres nuevas fuerzas, nuevo valor para su mejoramiento, o ser la expresión de un corazón animado por la representación del deber. Sólo son preparación a las buenas obras, pero no por sí mismas buenas obras, y no se puede ser agradable al Ser Supremo más que convirtiéndose en un hombre mejor.

Con el niño hay que empezar por la ley que tiene en sí. El hombre se juzga despreciable cuando es vicioso. Este desprecio tiene su fundamento en él mismo y no en que Dios haya prohibido el mal, pues no es necesario que el legislador sea a la vez el autor de la ley. Así, puede un príncipe prohibir el robo en su país, sin que por esto se le pueda llamar el autor de la prohibición del robo; y así aprende el hombre que sólo su buena conducta le hace digno de la felicidad. La ley divina tiene que parecer a la vez como ley natural, porque no es voluntaria. La religión se necesita para toda moralidad.

Pero no hay que empezar por la teología. La religión que se funda meramente en la teología nunca puede contener algo moral. No habrá en ella más que temor, por una parte, y sentimientos y

miras interesadas, por otra; y esto sólo produce un culto supersticioso. Así, pues, tiene que preceder la moralidad y seguir la teología, y esto se llama religión.

La ley en nosotros se llama conciencia. La conciencia es propiamente la aplicación de nuestras acciones a esta ley. Los reproches de la conciencia quedarán sin efecto si no se los piensa como representantes de Dios, cuyo asiento elevado está sobre nosotros, pero que también ha establecido en nosotros un tribunal. Cuando la religión no procede de la conciencia moral, queda sin efecto. La religión sin la conciencia moral es un culto supersticioso. Se quiere servir a Dios, por ejemplo, alabándole, ensalzando su poder, su sabiduría, sin pensar en cumplir las leyes divinas, hasta sin conocer e investigar su poder, sabiduría, etc. Los salmos son un narcótico para la conciencia de algunos y un cojín sobre el cual deben dormir tranquilos.

Los niños no pueden comprender todos los conceptos religiosos, a pesar de lo cual hay que enseñarles algunos, sólo que han de ser más negativos que positivos. No sirve de nada hacer rezar a los niños, que no les produce sino una falsa idea de la piedad. La verdadera veneración hacia Dios consiste en obrar por su voluntad, y esto hay en enseñárselo a los niños. Se ha de procurar, tanto con los niños como consigo mismo, no usar a menudo el nombre de Dios. Es asimismo un abuso usarle en las felicitaciones, aun cuando se haga con intención piadosa. Cada vez que los hombres pronuncian el nombre de Dios debían estar penetrados de su idea con un profundo respeto; por esto debían usarlo raramente y nunca con ligereza. El niño tiene que aprender a sentir veneración hacia Dios como señor de la vida y del mundo entero; además, como cuidador de los hombres y, finalmente, como su juez. Se cuenta que, siempre que Newton pronunciaba el nombre de Dios, se detenía y reflexionaba algún tiempo.

El niño aprende tanto mejor el concepto de Dios y del deber por una explicación de los cuidados divinos respecto de las criaturas, y se le preserva de la inclinación a la destrucción y a la crueldad que manifiesta a menudo atormentando a los animalitos. Asimismo, se debía enseñar a la juventud a descubrir el bien en el mal; los animales de rapiña y los insectos, por ejemplo, son modelos de limpieza y de asiduidad. Despiertan a los hombres malos las leyes. Los pájaros que persiguen a los gusanos son los defensores de los jardines, etc.

Por consiguiente, hay que enseñar a los niños algunas ideas del Ser Supremo para que cuando vean a los demás rogar, etc., puedan saber hacia quién y para qué lo hacen. Pero estas ideas tienen que ser poco numerosas y, como se ha dicho, meramente negativas.

Se ha de empezar a enseñárseles esto desde su más temprana edad; pero hay también que mirar que no estimen sólo a los hombres por el cumplimiento de su religión, pues, a pesar de la diversidad de religiones, hay una unidad de religión en todas partes.

Finalmente, queremos hacer aquí algunas advertencias que debía observar especialmente la niñez al entrar en la adolescencia. Empieza el adolescente en este tiempo a hacer ciertas diferencias que antes no hacía. Primeramente la diferencia sexual. La Naturaleza ha extendido sobre esto el velo del secreto, como si hubiera en ello algo no del todo conveniente para el hombre y no fuera más que una mera necesidad de la animalidad humana. Ha tratado de unirlo con toda clase de moralidad posible. Aun las naciones salvajes se conducen aquí con una especie de pudor y recato.

Los niños hacen a veces preguntas a los mayores sobre este asunto; por ejemplo, dicen, ¿de dónde vienen los niños? Y se les deja fácilmente contentos, o bien con respuestas absurdas, que no significan nada, o bien respondiéndoles que eso no es una pregunta de niños.

El desarrollo de estas inclinaciones en el adolescente es mecánico; se realiza, como todos los instintos que se desarrollan en él, sin necesidad de conocer su objeto. Es, por tanto, imposible conservar al adolescente en la ignorancia e inocencia que en él están unidos. Con el silencio, no sólo se hace el mal, sino que se empeora. Se ve en la educación de nuestros antepasados. En la de nuestro tiempo se admite con razón la necesidad de hablar al adolescente francamente y de un modo claro y preciso. Sin duda éste es un punto delicado, porque no se hace de él gustosamente un objeto de conversación pública. Pero se obrará perfectamente hablándole con digna seriedad de ello y entrando en sus intenciones.

A los trece o catorce años es ordinariamente el momento en que se desenvuelve en el adolescente la inclinación sexual (cuando sucede más temprano es por haberles seducido y perdido

con los malos ejemplos). Su juicio está ya desarrollado y la naturaleza los ha preparado para la época en que se les puede hablar de esto.

Nada debilita tanto el espíritu y el cuerpo del hombre como esa clase de voluptuosidad dirigida a sí mismo (die auf sich selbst gerichtet ist) y en completa lucha con la naturaleza humana.

Pero tampoco hay que ocultársela al adolescente. Se le ha de presentar en su completo horror, y decirle que así se inutiliza para la propagación de la especie; que las fuerzas de su cuerpo marchan directamente a su ruina; que contrae una temprana vejez; que sufre su espíritu, etc.

Esa instigación se puede evitar mediante una ocupación constante, por lo cual es preciso que no consagre al sueño y a la cama más tiempo del necesario. Con estas ocupaciones hay que procurar que abandone esos pensamientos, pues aunque el objeto sólo quede en la imaginación, no por eso deja de corroer la fuerza de la vida. Cuando su inclinación se dirige al otro sexo, siempre puede encontrar alguna resistencia; pero cuando se dirige a sí mismo, puede satisfacerla en toda ocasión. El efecto físico es del todo perjudicial, pero son mucho peores las consecuencias con relación a la moralidad. Se traspasan aquí los límites de la naturaleza y la inclinación se desencadena sin trabas, porque no encuentra ninguna real satisfacción. Hay maestros que a jóvenes ya desarrollados han formulado esta pregunta: ¿se permitirá que un joven se relacione con el otro sexo? Cuando necesariamente haya de optarse entre ambas, preferible es esta última solución. En lo primero, obra contra la naturaleza; en lo último, no. La naturaleza le ha llamado para ser hombre en cuanto es mayor de edad, y propagar así su especie; pero las necesidades que tiene el hombre necesariamente en un estado civilizado hacen que no pueda siempre educar a sus hijos; de este modo comete una falta contra el orden civil. Lo mejor es, siendo además su deber, que espere el joven hasta que esté en situación de casarse regularmente. Obra entonces, no sólo como un buen hombre, sino también como un buen ciudadano.

Que el adolescente aprenda pronto a estimar al otro sexo, a adquirir en cambio la misma consideración por una libre actividad y aspirar así a encontrar el alto premio de una feliz unión.

En la época que entra el adolescente en sociedad comienza a hacer una segunda diferenciación; consiste en el conocimiento de la diferencia de los estados y de la desigualdad de los hombres. No hay que hacérselos notar cuando niño. A esto hay que añadir que no mande a los criados. Si ve que los padres lo hacen, se le puede decir en rigor: «Nosotros les damos el pan, y por eso nos obedecen; como tú no se lo das, tampoco tienen que servirte». No conocen ellos nada de esto, si los padres no inculcan esta ilusión a los niños. Hay que mostrar al adolescente que la desigualdad entre los hombres es una situación que nace de haber buscado uno alcanzar ventajas sobre los otros. Se les puede formar poco a poco la conciencia de la igualdad de los hombres en la desigualdad civil.

Se ha de procurar que el adolescente se estime por sí mismo y no por los otros. La estimación de otro, en la que no se determina el valor del hombre, es vanidad. Además, hay que incitarle a tener conciencia de todas las cosas y a no esforzarse sólo en parecer, sino en ser. Hay que prevenirlo para que en ninguna circunstancia se convierta en vana resolución la resolución que haya tomado. Es preferible no formar ningún proyecto y dejar la cosa en duda. Hay que enseñarle la sobriedad en las circunstancias exteriores y la paciencia en los trabajos: sustine y abstine; también la frugalidad en las diversiones. Se llegará a ser un miembro apto de la comunidad y se preservará del fastidio, no sólo no deseando los placeres, sino también siendo paciente en sus tareas.

Hay que enseñar, además, al adolescente la alegría y buen humor. El gozo de corazón nace de no tener que reprocharse nada, así como la igualdad del humor. Se puede llegar por el ejercicio a mostrarse siempre de buen humor en sociedad.

Han de mirarse muchas cosas siempre como deber. Una acción ha de serme valiosa, no porque concuerde con mi inclinación, sino porque mediante ella cumplo mi deber.

También se ha de desenvolver el amor a los otros y después los sentimientos cosmopolitas.

Hay algo en nuestra alma que hace interesarnos: a) por nosotros mismos; b) por aquéllos entre quienes hemos crecido, y c) por el bien del mundo. Se ha de hacer familiares a los niños estos intereses y templar en ellos sus almas. Han de alegrarse por el bien general, aun cuando no sea el provecho de su patria ni el suyo propio.

Que pongan escaso valor en el goce de los placeres de la vida. El temor infantil ante la muerte cesará de este modo.

Se ha de mostrar al adolescente que el placer no proporciona lo que a la vista promete.

Y, por último, la necesidad de una liquidación diaria consigo mismo, para que pueda al final de la vida hacer un cálculo de su valor.

APÉNDICE II.

Dessau 1776 Primer número del Archivo Filantrópico, que los amigos de la juventud hermanados ofrecen a los educadores de la humanidad, especialmente a aquellos que emprenden una reforma de la escuela, y a los padres y madres que tienen la intención de enviar a sus hijos al Filantrópico de Dessau.

Nunca, en efecto, se ha hecho al género humano una propuesta más atinada, ni se le ha prestado de manera altruista un beneficio tan inmenso y tan desplegador de sí mismo, como el realizado aquí por el Sr. Basedow, el cual se ha entregado así de lleno, junto con sus renombrados colaboradores, al bienestar y perfeccionamiento de los hombres. Aquello que durante siglos ha estado gestándose en buenos y malos cerebros, pero que hubiera continuado otros tantos siglos en la esfera de los píos deseos, de no ser por el ímpetu y el tesón de un solo hombre inteligente y emprendedor, es decir, la institución pedagógica perfecta, concorde tanto con la naturaleza como con los objetivos todos del ámbito social, se hace realidad ahora con unas consecuencias inmediatas no previstas y reclama colaboración externa únicamente para crecer tal y como ahora es, esparcir su simiente por otros países y perpetuar su especie. En efecto, lo que es sino el desarrollo de las aptitudes naturales existentes en la humanidad, en una cosa coincide con la común madre naturaleza: en que no deja morir sus semillas, sino que se multiplica y mantiene su especie. A los poderes públicos y al cosmopolita les es de sumo interés conocer una institución gracias a la cual emerge una ordenación radicalmente nueva de los asuntos humanos (sobre la misma es posible informarse en este Archivo y en la obra de Basedow Lecturas para cosmopolitas y que, si se extiende con rapidez, ha de producir, tanto en la vida privada como en la esfera social, una reforma tan grande y de miras tan amplias, que no es fácilmente imaginable a primera vista. Por eso es también deber inalienable de todo filántropo dispensar cuidado y protección, dentro de sus posibilidades, a este embrión, todavía frágil, o, cuando menos, encomendarle encarecidamente a la tutela de aquellos que a las buenas intenciones suman la capacidad de obrar el bien; pues si, como cabe esperar de su buen comienzo, aquél llega alguna vez a su completo desarrollo, sus frutos se extenderán rápidamente a todos los países y a las generaciones venideras. El 13 de mayo es en este sentido una fecha importante. Ese día, el hombre experto en su materia invita a los individuos más ilustrados y entendidos de las ciudades y universidades cercanas a que contemplen lo que difícilmente podrían ser inducidos a creer sólo por referencias. Una vez visto, el bien posee una fuerza irresistible. La voz de los beneméritos y auténticos representantes de la humanidad (de los cuales esperamos un buen número en este congreso) debería llamar la atención de Europa hacia aquello que tan de cerca le atañe e incitar a la participación activa en una institución de tanto interés público. Ahora, para todo filántropo debe suponer ya una gran alegría y una no menos grata esperanza de que tan noble ejemplo será imitado, el hecho de que (tal como se anunciaba en el último periódico) el Filantrópico tenga asegurada su pervivencia gracias a una ayuda generosa proveniente de altas esferas. En tales circunstancias, no cabe tampoco ninguna duda que no deberían apresurarse pensionistas de todas las regiones con el ánimo de asegurarse en esta institución las plazas de las que tal vez muy pronto se carecería; por el contrario, lo que parece exigir una inmediata atención y apoyo generoso por parte de protectores adinerados es aquello que sienten en lo profundo de su corazón quienes desean una rápida expansión del bien, es decir, el envío a Dessau de candidatos adecuados para que se instruyan y ejerciten en el

método pedagógico filantrópico, único medio de disponer en breve de buenas escuelas en todas partes. Con la esperanza de que este deseo se cumpla también pronto, hay que recomendar encarecidamente a todos los maestros tanto de la enseñanza privada como pública que se sirvan de los escritos de Basedow y de los libros de texto publicados por él, útiles para perfeccionamiento propio y, en el caso de estos últimos, para ejercitación de la juventud a ellos encomendada, y dé esta forma practiquen ya ahora, en la medida que les sea posible, una enseñanza de orientación filantrópica. Cuesta 15 gruesos en la librería Kant.

A los poderes públicos En los países europeos adelantados no se anda escaso de instituciones educativas, ni falta por parte de los profesores buena voluntad de ser útiles a todo el mundo en este campo. Sin embargo, es de sobra comprobado que todo se viene abajo al primer contratiempo, que, debido precisamente a que todo en ellas opera en contra de la naturaleza, no se obtiene del hombre, ni mucho menos, el bien para el que la naturaleza le ha dotado, y que, si se generalizase el método pedagógico sabiamente deducido de la naturaleza y no proveniente de la vieja costumbre ni imitado rígidamente de épocas incultas, muy en breve veríamos a nuestro alrededor hombres radicalmente diferentes, ya que sólo por la educación nos convertimos de criaturas animales en hombres.

Es vano, empero, esperar este mejoramiento del género humano de una reforma paulatina de la escuela. Estas tienen que transformarse de raíz, si se quiere que de ellas salga algo bueno, ya que están viciadas desde su constitución original y sus mismos profesores han de recibir una nueva formación. No es una lenta reforma, sino una rápida revolución, la que puede conseguir esto. Y para ello se requiere, ni más ni menos, que una escuela que se organizara de nuevo desde la base según el método correcto, que fuera regida por individuos ilustrados, impulsados más por la grandeza de ánimo que por la obtención de un salario, y que durante su proceso de madurez fuera observada y enjuiciada por la mirada atenta de los entendidos de todos los países, pero que a la vez estuviera protegida y ayudada, hasta que llegara a su plenitud, por la colaboración unánime de todos los filántropos.

Una escuela como ésta no es sólo para aquellos a los cuales educa, sino que, y esto es infinitamente más importante, a través del gran número de personas a las que va dando en su seno la oportunidad de formarse como maestros de acuerdo con el método pedagógico correcto, se convierte en semilla de la cual en breve tiempo surgirá, si se la cuida convenientemente, una gran multitud de maestros bien preparados que pronto cubrirán de buenas escuelas todo un país.

Los esfuerzos de los poderes públicos de todos los países deberían orientarse primordialmente a prestar apoyo en todas partes a una escuela como ésta, con el fin de ayudarla a conseguir pronto su completa perfección, cuyo germen ella misma contiene ya en su seno. Querer implantar apresuradamente su organización y diseño en otros países y al mismo tiempo mantenerla a ella misma, que debe ser el primer modelo integral y vivero de la correcta educación, en la mayor de las penurias mientras dura su proceso de perfeccionamiento, es lo mismo que enterrarla semilla antes de sazón para después cosechar maleza.

Semejante institución educativa no es ya sólo una bella idea, sino que se muestra realmente, con pruebas evidentes de la viabilidad de aquello que ha sido durante largo tiempo deseado, en pruebas actuantes y evidentes. Es, ciertamente, un fenómeno de nuestra época, que, aunque desapercibido para las miradas corrientes, para el observador entendido e interesado activamente en el bienestar de la humanidad debe ser mucho más importante que la esplendente nada sobre el siempre cambiante escenario del gran mundo, con la cual evidentemente no se hace avanzar ni un ápice, por no decir que se hace retroceder, lo mejor del género humano.

La opinión pública y particularmente los comentarios unánimes de conocedores competentes e instruidos habrán dado ya a conocer a los lectores de este periódico el Instituto de educación de Dessau (Philanthropin), mostrándole como el único que lleva en sí tales distintivos de perfección. Y entre ellos no es el menor el que, por su misma constitución, debe eliminar espontáneamente de forma natural los defectos que todavía le acompañan en sus comienzos. Por el contrario, los ataques surgidos aquí y allá y los esporádicos libelos difamatorios (uno de los cuales ha sido respondido hace poco por el Sr. Basedow con la dignidad característica de la integridad) son maniobras de la manía

de criticar y de la vieja costumbre, que se hace fuerte en la propia mierda, tan frecuentes, que una serena indiferencia debería producir, en gente de este tipo, que continuamente arroja miradas maliciosas sobre todo aquello que aparece como bueno y noble, alguna sospecha a causa de la mediocridad de ese bien que se presenta.

Ahora se presenta la ocasión de prestar alguna ayuda (que puede ser pequeña por sí sola, pero importante si se suma a otras) a este Instituto, que está dedicado a la humanidad y al interés de cada cosmopolita. Si se quisiera hacer un esfuerzo de imaginación para idear una ocasión en que con una aportación reducida se promoviese el mayor bien general posible y el más duradero, ciertamente sería aquella en que la semilla del mismo bien pudiese ser cuidada y alimentada para que con el tiempo se expanda y perpetúe.

De acuerdo con estas ideas y con la buena opinión que tenemos del número de personas bienintencionadas de nuestro Estado, queremos referirnos al número 21 de este periódico literario y político, con el correspondiente suplemento, y esperamos con ansia una gran cantidad de pagos por adelantado: de todos los componentes del estamento clerical y docente, de los padres en general, a los cuales no puede resultarles indiferente aquello que redunde en una mejor formación de sus hijos, e incluso de quienes, aun sin tener hijos, recibieron educación como niños y precisamente por ello reconocerán la obligación de colaborar personalmente, si no a la propagación, sí a la formación de los hombres.

El pago por adelantado de esta revista mensual publicada por el Instituto de educación de Dessau bajo el título de Consideraciones Pedagógicas supone, en nuestra moneda, 2 táleros y 10 gruesos. Pero como a causa del número de páginas, todavía no definitivo, a finales de año tal vez sea preciso algún desembolso suplementario, acaso fuera lo mejor (mas esto se deja al buen criterio de cada cual) dedicar por adelantado un ducado a la promoción de esta obra, teniendo en cuenta que posteriormente la cantidad sobrante se devolvería a tiempo a todo aquel que la pidiera. Y es que el referido Instituto abriga la esperanza de que en todos los países haya muchas personas de elevados pensamientos que aprovechen de buen grado una oportunidad como la presente para añadir con tal motivo, además de la cantidad desembolsada de antemano, un pequeño obsequio voluntario como colaboración para el sostenimiento del Instituto, que está a punto de alcanzar la madurez, pero que no ha sido ayudado oportunamente con las aportaciones esperadas. Puesto que, como el Sr. D. C. R.

Büsching dice (Wóchentl. Nachr., 1776, número 16) los gobiernos de nuestra época parecen no tener dinero para mejoras escolares, a la postre corresponderá a los particulares acomodados, si se quiere que aquéllas se lleven a cabo, favorecer ellos mismos con aportaciones desinteresadas una oportunidad de carácter general tan importante como ésta.

La suscripción por adelantado en esta localidad se entrega, contra recibo de pago por adelantado, ante el profesor Kant durante las clases de la mañana, desde las 10 hasta la 1 de la tarde, y en la libería Kant a cualquier hora.

APENDICE II

Fragmentos Pedagógicos[4]

La habilidad es lo primero en que hay que pensar, pero no lo más importante. De igual modo, el pan es lo primero en el matrimonio, pero no lo más importante. Lo primero es aquello que contiene la condición necesaria del fin, pero lo más importante es el fin.

El hombre debe ser disciplinado, pues por naturaleza es salvaje, y debe ser informado, pues es bruto. En el orden natural es bueno, pero malo en el orden moral. Debe ser formado para la virtud. Su

[4] Publicados por Benno Erdmann, Reflexionen Kants zur Anthropologie, 194-197, y en otros lugares

educación no es solamente negativa. Debe sentir coacción, pues estará sometido a la coacción social. ¿Educación libre? El hombre debe ser educado, amaestrado (proceso adecuado).

El niño debe ser educado libremente (de forma que permita a otros ser también libres).

Debe aprender a sufrir la coacción a que la libertad se somete en bien de su propia subsistencia (no sentir subordinación bajo sus órdenes). Así pues, debe ser disciplinado. Ello precede a la instrucción.

La formación es aquello que debe continuar ininterrumpidamente. El niño debe aprender a soportar privaciones y a mantener al mismo tiempo el ánimo sereno. No debe ser obligado a simular sentir horror, y un horror inmediato, a la mentira, aprender a respetar el derecho de los hombres, de forma que sea para él un muro infranqueable. Su instrucción debe ser más negativa. No debe aprender religión antes que moralidad. Debe ser delicado pero no mimado (afeminado). Debe aprender a hablar con franqueza y a no adoptar una falsa vergüenza. No debe aprender modales finos antes de la adolescencia, la inteligencia es lo primero. Así pues, es bruto durante algún tiempo, pero pronto útil e inteligente.

Ambos sexos deben ser educados y disciplinados. Los hombres, para la sociedad, necesitan lo primero más que las mujeres.

La interesante idea de Rousseau, según la cual la formación del carácter de las muchachas durante la educación tiene un influjo grandísimo en el sexo masculino y en general sobre las costumbres, es digna de ser estudiada. En la actualidad, las jóvenes son educadas en lo que concierne a los buenos modales, y no para la virtud y los buenos pensamientos: religión; honor que está dirigido a lo que otros, aunque no sea más que uno, piensan.

Hasta que no hayamos estudiado mejor la naturaleza femenina, se hace bien confiando a las madres la educación de las hijas y eximiendo a éstas de libros. A la belleza y a la juventud no sólo les es natural sino también conveniente ser cortés, complaciente y dulce, pues es un honor el poder ser dirigido por medio de afables sugestiones; y la aspereza de la coacción brusca es poco honrosa.

En la habitación de las damas, cuando éstas se entregan a las aficiones de su sexo, todo es más artístico, delicado y ordenado que en el caso de los hombres; pero, además, poseen la facultad de modelar estas aficiones por medio de la razón. La mujer necesita, pues, mucha menos crianza y educación que el hombre, así como menos enseñanza; y los defectos de su natural serían menos visibles si tuviera más educación, si bien no se ha encontrado todavía ningún proyecto educativo acorde con la naturaleza de su sexo.

Su educación no es instrucción, sino conducción. Deben conocer más a los hombres que a los libros. El honor es su mayor virtud, y el hogar, su mérito.

Los padres son demasiado indulgentes con las hijas, las madres lo son con los hijos. Cada uno debe disciplinar a su sexo.

Se suscita la cuestión de hasta qué punto debe ser mecánica la educación y la instrucción y dónde la formación ha de realizarse por medio de razonamientos. Esta última presupone siempre razonamientos. Así como el lenguaje y el cálculo pueden aprenderse mecánicamente, lo mismo ocurre con la historia, si bien siguiendo un plan trazado por la razón. La moral y la religión deben ser tratadas lógicamente.

Voluntad buena y recia. El mecanismo debe preceder a la ciencia. ¿También en moral y religión? Demasiada disciplina coarta y mata la habilidad. La cortesía no concierne a la disciplina, sino al refinamiento, por tanto debe ir en último lugar.

No refinan las ciencias, sino las escuelas públicas. Las ciencias pulen y civilizan, las universidades refinan, la corte enseña buenos modales y cortesía. Toda ordinariez proviene de la engreída independencia de no querer ligarse por el bien del otro.

El hombre es siempre de buen corazón, es demasiado bueno para hacer algo malo. El bien es considerado en el corazón solamente como algo sensorial o físicamente bueno; pero el mismo hombre puede hacer, sin mayores reparos, algo moralmente malo. Un hombre bondadoso no castiga de buen grado, sí realiza buenas acciones con justo; pero tal vez miente y se pone del lado del miserable que no tiene razón. Es muy pernicioso pretender desarrollar el buen corazón antes que el buen carácter. Hay que considerar al primero como una menudencia en comparación con este último, pero no por ello totalmente despreciable en sí.

Primero, formar un carácter; después, un buen carácter. Lo primero se lleva a cabo con la práctica, proponiéndoselo firmemente y adoptando algunas máximas emanadas de la reflexión.

En el carácter del hombre debe hallarse un germen de cada bien, de otro modo nadie podrá hacerle salir. Si carece de él, se sustituye por estímulos análogos, honor, etc.

Los padres tienen tendencia a preocuparse por el talento y habilidad de sus hijos, y si acaso por sus sentimientos, pero jamás por el corazón o el carácter.

El carácter significa que la persona deduce la regla de sus acciones a partir de sí misma y de la dignidad del género humano. El carácter es el principio, de vigencia universal en el hombre, de la utilización de los talentos y atributos de éste. Es, pues, el modo de ser de su voluntad, sea bueno o malo. Un hombre que no tiene ningún principio estable de sus acciones, ni uniformidad alguna, no tiene carácter. El hombre puede tener un buen corazón y, sin embargo, carecer de carácter, ya que depende de los caprichos y no obra por máximas. Conciernen al carácter la estabilidad y unidad de principio. El carácter se desarrolla tardíamente y perdura hasta el final, la benignidad se pierde con el buen humor y la sociabilidad, particularmente en las mujeres, y ellas tienen poco carácter en general.

Cuanto más presupone uno que su fuerza le basta para poner por obra lo anhelado, tanto más práctico es el deseo. Si considero a alguien insulso, no puedo sacar de él ningún deseo práctico de comprender los argumentos de mi verdad. Si considero a alguien abyecto, no puedo sacar de él deseo alguno de obrar el bien.

Cuando las camas están bien vareadas, ellas solas se vuelven a ahuecar rápidamente después, gracias a su propia elasticidad. En los colchones viejos, las marcas permanecen, solo se recomponen con lentitud. Esta es la diferencia en el modo de recibir fuertes impresiones por parte de los jóvenes y por parte de los adultos. Estos poseen sensibilidad para las impresiones, pero carecen de elasticidad para rehacerse. El plácido abatimiento es el momento en que comienza a fluir libremente de nuevo el impulso vital. Se siente la supremacía del propio impulso vital; el adulto experimenta, por el contrario, los inconvenientes del mismo y el restablecimiento es lento y por ello mismo imperceptible. Los adultos tampoco necesitan de aquellos cambios anímicos que lo dificultan.

Los jóvenes, por ser alocados, aman el patetismo, y, en virtud de su elasticidad, la impresión desaparece de inmediato, debido también a que no conocen todavía el valor de mantener el ánimo bajo dominio propio y no dejarle a merced del dominio ajeno.

Las cabezas pensantes pertenecen a un mundo científico inmerso en interdependencias ininterrumpidas, por más que algunos siglos proyecten su sueño entre ellas. De esta forma, los adultos pertenecen al mundo científico o filosófico moderno, y los jóvenes al antiguo, para entender adecuadamente, si se aprovechan de las opiniones del mundo antiguo. Se debe tener, pues, respeto para el mundo científico antiguo y agradecimiento para con los adultos.

APENDICE III

Fragmentos Pedagógicos[5]

La Sagrada Escritura es más eficaz para mejorar las facultades sobrenaturales; la buena educación moral lo es más si todo debe ocurrir de acuerdo con la naturaleza. Confieso que con la última no podemos producir ninguna santidad que justifique, pero sí generar una bondad natural coram foro humano, y ésta es preferible a aquélla.

[5] Publicados por Schubert en la primera parte del tomo II de la edición completa realizada por Rosenkranz-Schubert, 1.842. Se encuentran diseminados entre las anotaciones que Schubert publicó, pág. 221-261, bajo el título de .Anotaciones a las observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime». Aquí están ordenados de forma que se logre una cierta homogeneidad de contenido entre todos ellos.

¿Puede haber algo más absurdo que contar a los niños, apenas acaban de llegar a este mundo, algo sobre los demás? El cristiano, se dice, no debe poner su corazón en cosas temporales. Lo cual se interpreta como si hubiera que evitar desde un principio que se produjera una dependencia de este tipo. Ahora bien, fomentar estas inclinaciones y después esperar ayuda sobrenatural para dirigirlas, es tentar a Dios.

Hay una gran diferencia entre superar estas inclinaciones y extirparlas, es decir hacer que las perdamos. También es preciso distinguir entre esto último y mantener las tendencias a raya, es decir, hacer que alguien no adquiera nunca tales inclinaciones. Aquello es necesario para los adultos, esto para los jóvenes.

El hombre tiene sus propias inclinaciones y, de acuerdo con su albedrío, una voluntad natural de seguir a ésta en sus acciones, de dirigirla. Y nada puede ser más terrible que el que las acciones de un hombre estén bajo la voluntad de otro. De ahí que no puede haber ninguna repugnancia más natural que la que un hombre siente contra la esclavitud. Por eso mismo, llora y se enfurece un niño cuando se ve obligado a hacer lo que otros quieren, sin que se haya preocupado nadie de hacérselo apetecible. Y lo único que desea es ser pronto hombre y obrar libremente según su voluntad.

El hombre sencillo tiene muy pronto su sentimiento de lo que es recto, pero tarde o nunca un concepto de ello. Aquel sentimiento debe desarrollarse mucho antes que el concepto. Si se enseña a desarrollarle según reglas desde muy pronto, nunca tendrá sentimientos. Una vez que las inclinaciones han progresado, es difícil formarse una idea del bien o del mal en otra situación.

Yo no puedo convencer a otro a no ser por sus propias ideas: debo suponer, pues, que el otro tiene buenas entendederas, de otro modo es inútil esperar que podrá ser convencido por mis argumentos. De igual manera, no puedo conmover moralmente a nadie si no es a través de sus propios sentimientos: debo suponer, pues, que e1 otro tiene una cierta bondad de corazón, ya que, de no ser así, por mi descripción del vicio nunca sentirá en sí mismo aversión hacia éste y mi elogio de la virtud no le hará sentir ningún impulso hacia ella. Puesto que es posible que en él se encuentre algún sentimiento moralmente recto o puede sospechar que su sentimiento coincida con el de todo el género humano, así como que su mal sea realmente malo, por eso mismo debo concederle el bien parcial allí existente y describir como engañosa en sí misma la ambigua semejanza entre la inocencia y el crimen.

Se requiere una gran maestría para evitar la mentira en los niños. En efecto, como tienen que conseguir muchas cosas y son demasiado débiles para dar respuestas negativas o librarse del castigo, sienten una tendencia a mentir mucho más fuerte que la que ningún adulto haya sentido jamás. Y ello debido, sobre todo, a que no pueden procurarse nada por sí mismos, como los adultos, sino que todo depende de cómo presenten algo, de acuerdo con las inclinaciones que observan en los demás. Sólo se les puede castigar, pues, por aquello que no pueden negar de ninguna manera, y no puede consentírseles algo por motivos razonables.

Si se quiere educar la moralidad, en modo alguno han de aducirse motivaciones que no convierten a la acción en moralmente buena, tales como castigo, recompensa, etc. Por ello, se debe, asimismo, presentar la mentira como aborrecible en sí misma y, como de hecho es, no subordinarla a ninguna otra regla de moralidad, por ejemplo, el deber para con los demás. No se tiene ninguna obligación para sí mismo, pero sí se tienen obligaciones absolutas que existen en sí y para sí mimas: obrar el bien. Es absurdo, igualmente, que en nuestra moralidad raras veces dependamos de nosotros mismos.

El hombre puede trabajar todo lo que quiera, pero no puede forzar a la naturaleza a introducir otras leyes. Debe trabajar él en persona, u otros trabajar por él: y este trabajo robará a otros tanta felicidad como él pretenda elevar la suya propia por encima del término medio.

Se debe enseñar a respetar la inteligencia media, tanto por motivos morales como lógicos.

El objeto último de las ciencias es o eruditio (recuerdo) o speculatio (razón). Una y otra deben tener como finalidad hacer al hombre más razonador (inteligente, sabio), en la medida que corresponde a la naturaleza humana, y al mismo tiempo más satisfecho. El gusto que es moral hace que se considere de poco valor la ciencia que no aporta mejoras.

Los jóvenes tienen mucho sentimiento, pero poco gusto.

En todo aquello que se refiere al sentimiento bello o sublime, lo mejor que podemos hacer es dejarnos guiar por los modelos de los antiguos: en la escultura, arquitectura, literatura y oratoria, en costumbres tradicionales y en constitución política antigua. Los antiguos estaban más cerca de la naturaleza; nosotros hemos interpuesto entre la naturaleza y nosotros mucha frivolidad, mucha opulencia, mucha depravación esclavizante. Nuestra época es el siglo de las bellas minucias, de las bagatelas, de las quimeras sublimes.

En antinatural que un hombre tenga que emplear gran parte de su vida para enseñar a un niño cómo debe vivir algún día. Algunos preceptores como Jean Jacques están afectados por ello.

En una situación modesta, a un niño se le prestan sólo unas pocas atenciones: en cuanto tiene algo de fuerza, él mismo realiza pequeñas acciones de utilidad propias de los adultos, como ocurre entre los campesinos y los artesanos, y va aprendiendo poco a poco lo demás. De todos modos, está bien que un hombre dedique su vida a enseñar a muchos a la vez a vivir y que después el sacrificio de su propia vida, por el contrario, no sea tenido en cuenta. Las escuelas son, por ello, necesarias, pero para que sean posibles hay que educar a Emilio. Sería de desear que Rousseau mostrase cómo podrían surgir de ahí escuelas. Los predicadores rurales pueden empezar esta tarea con sus propios hijos y los de sus vecinos.